

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COLEGIO DE GEOGRAFIA



LA OCUPACION TERRITORIAL DE BAJA CALIFORNIA EN EL SIGLO XVIII



OCT. 21 1986

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COLEGIO DE GEOGRAFIA

SECRETARIA DE
ASUNTOS ESCOLARES

T E S I S
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
LICENCIADO EN GEOGRAFIA
P R E S E N T A

EULALIA LUISA CARMEN RIBERA CARBO

1986

TAg 0641



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres y a Anna

A mis abuelos, luchadores incansables por la libertad y la igualdad de los hombres.

Mi afecto y agradecimiento para Atlántida Coll, Mirta Martínez
e Ignacio del Río.

Mi reconocimiento a Omar Moncada.

INDICE

	Página
INTRODUCCION	1
I. ANTECEDENTES	5
El escenario	5
Descubrimiento e interés por las tierras californi- nianas en los siglos XVI y XVII	7
El septentrión de la Nueva España	10
La monarquía española y el liberalismo económico	14
II. LOS JESUITAS Y LA OCUPACION TERRITORIAL DE LAS TIERRAS PENINSULARES	18
Los jesuitas	18
La llegada y los primeros años	20
El sur de la península	30
La expansión al norte	38
California, ¿isla o península?	42
Visión general del sistema misional	46
La expulsión	50
III. EL PERIODO POSTJESUITICO	52
La visita de Gálvez	52
Los franciscanos y la Baja California	57
Los dominicos y la península en el último período misional	64
El sur	65
El norte	68
IV. CONCLUSIONES: LOS FACTORES CLAVE EN LA OCUPACION TERRITORIAL DE BAJA CALIFORNIA	76
Estructura del sistema misional	76
Avance de la ocupación.	86
Consideraciones finales	94
APENDICE	95
REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS	99
INDICE DE MAPAS	103

INTRODUCCION

La "ciencia triste" seguirá siéndolo mientras se la enseñe y se la estudie en un vacío histórico.

Leo Huberman

Los paisajes del mundo no son simplemente los escenarios de la actividad humana. El hombre es un "hacedor de paisajes" porque vive en sociedad y los vínculos entre los hombres imprimen su huella en el medio que los sustenta. Toda civilización, cualesquiera que sean sus relaciones de producción y sus técnicas para acoplarse con la naturaleza, organiza y ordena el paisaje creando, sobre un espacio natural, un espacio geográfico.

El hombre, ese hacedor de paisajes, existe únicamente porque es miembro de un grupo que, a su vez, es un tejido de técnicas. Cualesquiera que sea el paisaje, sus elementos humanos son rasgos de civilización, ..., y no se puede decir de ninguno de ellos que sea más geográfico que otros.

(1)

Si se considera así al espacio geográfico, su organización va cambiando, lenta o rápidamente, según sea el momento histórico. La historia no es una serie de acontecimientos pasados que solo se recuerdan por la memoria y los documentos. La historia es un proceso que se desarrolla y se materializa en un territorio con el que los hombres forzosa-

(1) Gourou, Pierre. 1979. Introducción a la geografía humana. p. 12.

mente se articulan para satisfacer las necesidades de su civilización.

Por ello, aún cuando cambie la disposición del espacio, la evolución de las sociedades va dejando herencias que se plasman sobre la estructura del nuevo orden.

Un paisaje está conformado por una multiplicidad de relaciones entre la estructura de la sociedad y su sustrato, relaciones que no deben aceptarse como un fenómeno espontáneo, sino comprender a través del devenir histórico del que son resultado. Pretender que la geografía estudie la organización de un espacio territorial sin echar mano del proceso histórico que le ha precedido, es condenarla a la incapacidad de entender cabalmente una realidad regional.

Con esa visión se intentó analizar el proceso de ocupación territorial de la península de Baja California durante el siglo XVIII y comprender el fenómeno en el marco de su tiempo y de las características de la región. La organización de aquel espacio geográfico no presentaba la complicación de otros, porque la cultura que irrumpió sobre el paisaje peninsular en el Siglo de las Luces, tenía una estructura social sencilla, con intereses homogéneos por dominar el espacio y además, incidió sobre un territorio habitado por sociedades con técnicas de encuadre muy elementales: tribus nómadas que arañaban la tierra para sobrevivir, pero que, por la simplicidad de su estructura social, no habían establecido con su entorno relaciones complejas que se reflejaran en la ordenación del paisaje.

La colonización de Baja California fue emprendida por jesuitas y terminada por franciscanos y dominicos y pudo hacerse bajo un régimen exclusivamente misionero, mientras en el resto del Norte, en aquella

frontera que las avanzadas procedentes de los reinos y provincias ya con solidados de la Nueva España iban abriendo en guerra permanente contra los "indios bravos", la misión tuvo que hacer respetar su sitio al lado del soldado y el colono laico. Sin embargo, la empresa bajacaliforniana tuvo con la del resto del Septentrión un denominador común: no encontró un paisaje con una estructura humana desarrollada y compleja que aprovechar y adaptar a sus intereses.

Más allá de los feudos milenaristas de algunas órdenes religiosas o de la inestable sobrevivencia de expediciones y presidios, el Norte fue un desafío constante, y un asiduo fracaso, para la fantasía y el nervio de la colonización española. Ni la cruz ni la espada echaron allí las fecundas raíces que en cambio el Centro de México vió crecer sobre la extensa estructura prehispánica de ciudades y caminos, alimentos, mano de obra, hábitos y jerarquías, sistemas de dominación y tratos con el Cielo.(2)

Para poder alcanzar el objetivo de este trabajo y analizar y comprender la forma en que se ocupó y se organizó el espacio californiano durante el siglo XVIII, fue necesario hacer primero un breve esquema de las características físicas de la región en que se situaría la acción humana y que en el caso de Baja California desempeñarían un papel esencial, y una reseña muy general de las circunstancias históricas y del proceso de expansión española en el norte de la Nueva España en que se enmarcó la colonización de la península.

En segundo lugar, se estudió la entrada, el adelanto y la con-

(2) Aguilar Camín, Héctor. 1985. Saldos de la Revolución. p. 11.

solidación paulatina del sistema misional que tanto los jesuitas primero, como los franciscanos y dominicos llevaron a cabo. Se toma en cuenta la expulsión de los jesuitas y la visita de José de Gálvez y su reformismo y lo que ambos hechos implicaron para la lejana y olvidada Baja California.

Este estudio descriptivo del proceso de ocupación fue lo que permitió, al final, analizar los factores que determinaron su avance y la estructura de las nuevas formas de organización del espacio peninsular.

Para la realización de este trabajo se analizó la bibliografía geográfica y sobre todo histórica acerca del tema. Se consultaron ciertos documentos de la época a los que se tuvo acceso.

Así mismo, se hizo una revisión de material cartográfico en el Archivo General de la Nación. Con base en la información que los textos consultados ofrecieron, se construyeron los mapas que se consideraron necesarios para fines del trabajo.

I. ANTECEDENTES

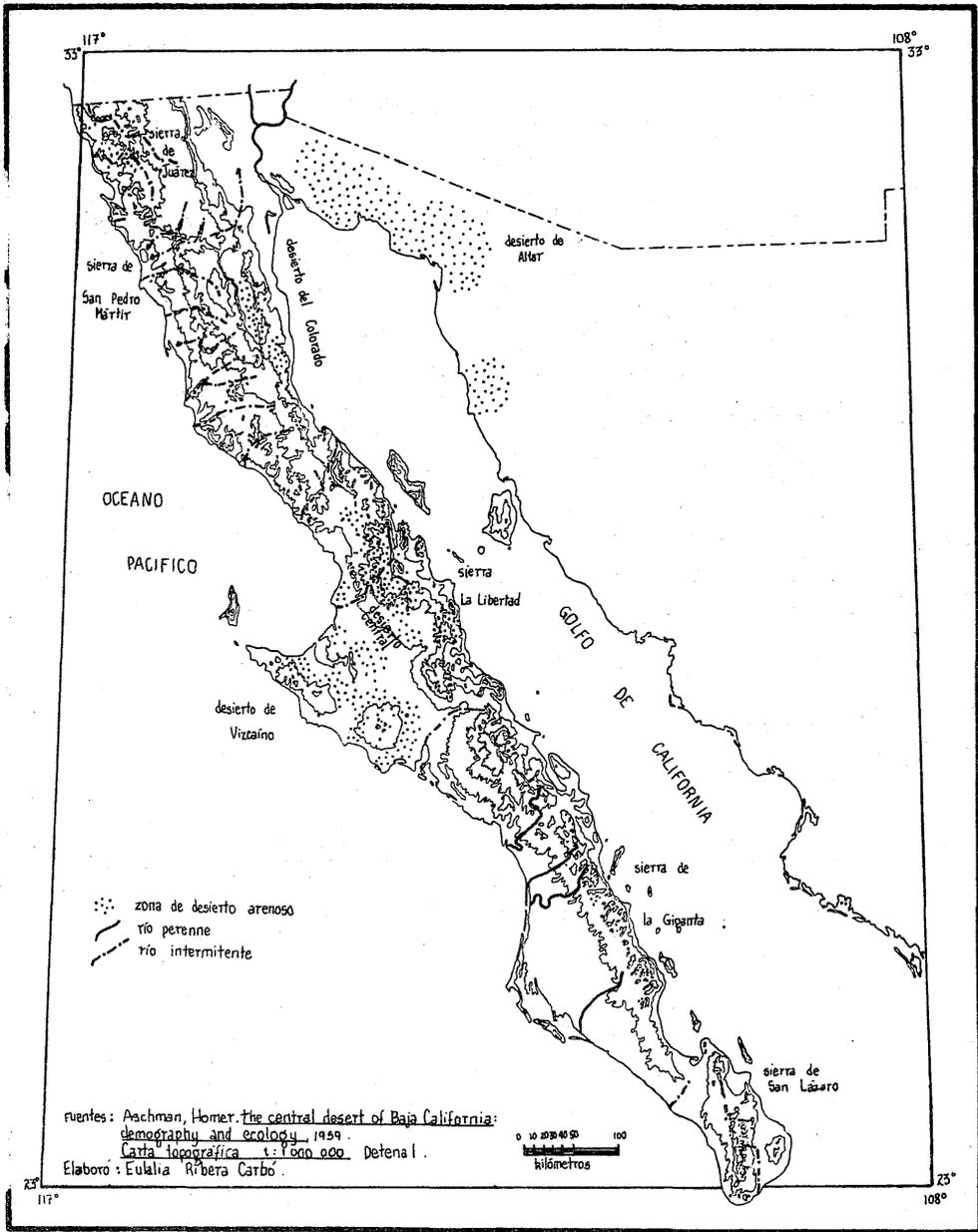
El escenario.

Todas las historias reales y aún las que no lo son, necesitan un escenario para poder ser y desenvolverse en el tiempo. Nuestra historia también tiene el suyo; un escenario discriminado por la naturaleza, que dándole belleza, se negó a concederle un suelo pródigo.

Recortada por numerosas bahías y lagunas, la península de Baja California es una larga y estrecha porción de tierra, que se introduce en el océano Pacífico y que está separada del continente por el Golfo de California. A lo largo de toda su extensión, la recorre una serie de cadenas montañosas con dirección NW-SE, que comienza al norte con la sierra de Juárez y continúa en las sierras de San Pedro Mártir, La Libertad, de La Giganta y de San Lázaro en la punta del sur. (Mapa 1)

Estas sierras forman, en la vertiente del Golfo, escarpes con elevaciones que los hacen difíciles de atravesar y en cambio en la vertiente del Pacífico las montañas van desapareciendo en declives más suaves y extensos. Pero esas tierras planas, que por su topografía parecieran más adecuadas para el asentamiento humano, constituyen inhóspitos de siertos, inclusive arenosos como el de Vizcaíno en el cuerno de la península.

Baja California tampoco es favorecida por sus ríos, que siguen en forma drástica las condiciones climáticas dominantes: son torrenciales durante la temporada de lluvias y se convierten en cauces secos el resto del año. Las únicas zonas húmedas y cultivables se encuentran en



los oasis formados por manantiales que surgen en el desierto y en algunos cañones de las sierras. La ubicación latitudinal de Baja California, determina un clima seco desértico en su mayor parte, que registra lluvias de menos de 200 mm anuales, a excepción de las sierras de Juárez y San Pedro Mártir que por su mayor altitud, tienen un clima templado con lluvias en invierno y la de San Lázaro en el sur, con clima templado con lluvias de verano. Es justamente en esas zonas donde se encuentra la única vegetación boscosa de toda la provincia. El resto, está cubierto por vegetación de tipo estepario y desértico.

En este panorama poco alentador, los jesuitas volcarían sus esfuerzos misioneros en el siglo XVIII, entre grupos amerindios que vivían en perfecto equilibrio con su medio, con un régimen de vida nómada que les permitía asegurar los límites inferiores de la supervivencia cuando la tierra no les ofrecía alternativas de sedentarización.

Descubrimiento e interés por las tierras californianas en los siglos XVI y XVII.

Desde los primeros tiempos de la conquista española en tierras americanas, Hernán Cortés se preocupó por arrancarle al inmenso océano que se interponía en su camino hacia occidente, las incógnitas que guardaba como parte del nuevo mundo que los europeos estaban descubriendo. Diversas embarcaciones zarparon de los recién visitados puertos de Tehuantepec, Acapulco y Navidad para explorar la Mar del Sur(1) y no pasó mucho tiempo antes de que trajeran noticias de la existencia de las tie-

(1) Velázquez, María del Carmen. 1974. Establecimiento y pérdida del septentrión de Nueva España. p. 26.

rras de California y del golfo que encerraban. Pronto, aquellas se cubrirían de fantasías que tardarían más de dos siglos en disiparse y que atraerían a muchos exploradores y aventureros. El mismo Cortés, estableció una pequeña colonia en el puerto de La Paz, que tuvo que desintegrarse a causa de la hostilidad general de la naturaleza de la "isla de las perlas".(2)

Durante el resto del siglo XVI, la idea generalizada de su gran potencialidad económica hizo prevalecer el empeño de muchos particulares por conquistar California y se hicieron viajes de reconocimiento por sus costas tanto del golfo como pacíficas. Pero después de una gran euforia por explorar tierras californianas y experimentar la navegación hacia las islas de la especiería en el sureste de Asia, siguió un período en que la colonización oficial de California quedaría postergada. La corona centraba su interés en la colonia que nacía al otro lado del océano Pacífico, como posibilidad de lograr, por fin, el acceso a los mercados asiáticos. En 1565, se encontró la ruta oceánica para volver de las Filipinas a la Nueva España; el galeón, desde las inmediaciones del archipiélago de Japón, cruzaba el Pacífico y tocaba costas americanas a los 40° latitud norte aproximadamente y desde ahí seguía por la costa hasta Acapulco.(3)

A finales del siglo XVI, la presencia de piratas ingleses en la Mar del Sur, que amenazaban el comercio y la comunicación entre las colonias españolas de Asia y América y la persistente idea de la existencia de un paso que en el norte comunicaba el Pacífico y el océano Atlántico (paso de Anián), contribuyeron a despertar nuevamente el interés oficial por California y se llevaron a cabo otros viajes e intentos de coloniza-

(2) Del Río, Ignacio. 1985. A la diestra mano de las Indias.

(3) Idem. pp. 30, 31.

ción, que no hicieron más que confirmar la dificultad que había para proteger las costas septentrionales del Pacífico, tan lejanas de las zonas nucleares de la Nueva España. En 1596, Vizcaínc fundó una nueva colonia en La Paz, como pago al permiso que el gobierno le había otorgado para explotar los placeres perleros de las costas de California, pero en pocos meses fue abandonada por la escasez de alimentos y las adversidades del medio. En 1602 encabezó un viaje de observación científica ordenado por el gobierno virreinal, en el que reconoció los accidentes del litoral y señaló lugares apropiados para el establecimiento de puertos y pesquerías de perlas.

Desde ese momento, la ocupación de las tierras que aún no se sabían peninsulares, adquirió un carácter estratégico que explica muchas de las concesiones que el gobierno otorgó a personas y grupos interesados por intentar su poblamiento. Sobre todo, había que proteger la ruta del galeón de Filipinas, amenazada por los piratas. Pero todos los proyectos de colonización fracasaron por la extrema aridez del territorio que impedía el desarrollo agrícola, obligando al abastecimiento de origen externo y porque la forma de vida nómada de los pueblos californios, básicamente cazadores-recolectores, no podía ofrecer ningún apoyo a la colonización. (4)

El último gran intento del gobierno virreinal por colonizar permanentemente California y que es importante mencionar, fue el de 1683. Ante el rotundo fracaso de todos los esfuerzos de particulares a lo largo de un siglo, se financió la expedición del almirante Isidro Atondo de Antillón, gobernador de Sinaloa, quien llegó a la bahía de La Paz en

(4) Del Rfo, Ignacio. 1984. Conquista y aculturación en la California jesuítica 1697-1768. p. 50.

abril de aquel año y construyó una capilla y un fuerte. Iba acompañado de cien hombres armados y de algunos jesuitas, entre los que destacaría el padre Kino y quienes debían pacificar y cristianizar a los indios californios. En septiembre, los colonos tuvieron que cambiar de lugar después de tener problemas con los indígenas de la región y de haber matado a varios. Los hombres de Atondo se instalaron en otro punto de la costa del Golfo al norte de La Paz y desde ahí hicieron varias exploraciones hacia el interior de la sierra de La Giganta buscando caminos que comunicaran con la costa occidental. La falta de comida y de agua potable los enfermaron gravemente y San Bruno, que así se llamaba el establecimiento, tuvo que abandonarse en mayo de 1685. La empresa había significado un gasto muy fuerte para el real erario y no había rendido los frutos que se esperaba. No solo no había logrado crear asentamientos permanentes, tampoco había encontrado los metales preciosos y las riquezas que se creían escondidas en California.

Pero la experiencia de Atondo tendría una importancia significativa para la ocupación jesuítica que se iniciaría pocos años después.

El septentrión de la Nueva España.

El sueño de encontrar grandes riquezas en el interior del Nuevo Mundo, obsesionó a los conquistadores españoles desde el momento en que pisaron suelo americano y los llevó a emprender ambiciosos proyectos expansivos por tierras desconocidas. A mediados del siglo XVI, cuando se descubrió la plata de Zacatecas, se inició una gran carrera hacia el norte que tuvo que enfrentarse a la hostilidad de los indígenas nómadas de la aridoamérica. La historia de la penetración española en el norte de México es la historia de cómo se fue transformando "la tierra de gue

rra' en tierra de cultivo, de ganados y de grandes centros mineros, así como las principales estructuras y conflictos que produjo la vida de frontera"(5). El descubrimiento de vetas y el establecimiento de reales mineros en el norte, atrajo población y enseguida se acompañó de la fundación de ranchos y haciendas agrícolas que surgieron en el transcurso de dos siglos y que eran indispensables para apoyar a la actividad minera.

Sin embargo, la forma de vida de los indios del norte los hacía malos candidatos para incorporarse a un sistema sedentario y la tenaz resistencia que opusieron a cualquier intento de subyugación indujo a muchos españoles a abandonar las tierras septentrionales y dejar despo^lblados centros mineros y ranchos, provocando escasez de mano de obra, de soldados y en general, un retraso en la conquista del Norte.

Para "civilizar" aquellas regiones, se llevaron al norte indígenas ya cristianizados de Tlaxcala y Michoacán, que con su ejemplo en el trabajo agrícola facilitarían la labor de reducir a los indios guerreros; pero no fue fácil. El tipo de guerra en guerrillas que practicaban los chichimecas(6) era difícil de pelear y se hizo urgente determinar soluciones para poder ensanchar el área de colonización española y acabar con el constante peligro de las agresiones indígenas sobre los pueblos hispanoindios. Durante el siglo XVI no se sistematizó la política a seguir en la apertura de frontera, pero poco a poco se fueron levantando

(5) Florescano, Enrique. 1973. "Colonización, ocupación del suelo y 'frontera' en el norte de la Nueva España, 1521-1750", Tierras Nuevas. p. 44.

(6) Nombre derivado "del epíteto genérico aplicado durante largo tiempo a los indios nómadas y paganos del norte". Powell, Philip W. 1984. La guerra chichimeca (1550-1600). p. 20.

fuertes o presidios y poblados defensivos que inclufan escoltas militares entre los puntos fortificados, estratégicamente colocados en los caminos de avanzada hacia el norte.

Después de muchos años de guerra, el sistema de presidios había tenido un cierto éxito en materia de defensa, pero dificultaba enormemente la pacificación general de las regiones norteñas; la conquista con la espada había intensificado la hostilidad hacia los invasores y había hecho necesario combinar la fuerza militar con la diplomacia, la compra y la conversión religiosa de los indios. De esta manera se fueron creando misiones que se convirtieron en una de las más importantes instituciones de la frontera y piezas clave para incorporar a los nómadas al modo de vida español. Los frailes misioneros procuraban atraer a los rebeldes por medio de regalos, promesas y buenos tratos y poco a poco los inducían a establecerse en pueblos. Su lejanía y aislamiento del centro de la Nueva España los obligaba a desarrollar una economía lo más autosuficiente posible y para ello enseñaban a los indios a cultivar elementos necesarios para la subsistencia como trigo, maíz, hortalizas, etc., a explotar ganado mayor y menor y a hacer diversos trabajos artesanales. De esta manera, el norte se fue salpicando de pequeñas unidades económicas que transformaban la vida de una extensa población nómada y cambiaban la fisonomía de grandes territorios. Los frailes, no solo desarrollaban su labor de envagelizadores y propagadores de la fé católica, sino que además preparaban el terreno para la incorporación de tierras y hombres a la economía colonial. Jesuitas, franciscanos y dominicos fueron avanzando poco a poco durante los siglos XVII y XVIII, desempeñando su labor colonizadora en Sinaloa, Sonora, las dos Californias, Arizona, Nuevo México y Texas, en tierras avaras y entre los nómadas más reacios al contacto con los europeos; contribuyeron no solo a la pacificación

general, sino que fueron promotores del desarrollo de la frontera al descubrir yacimientos minerales, reconocer nuevos territorios, abrir tierras al cultivo, etc.

Paralelamente a la integración del sistema de misiones, un grave conflicto fue surgiendo entre las autoridades militares y los religiosos en la zona, entorpeciendo el avance general en el septentrión novohispano. Los intereses de cada grupo y los medios para lograr sus fines resultaban opuestos y planteaban una disyuntiva en la política que debía seguirse en el camino hacia el norte. Sin embargo, en la primera mitad del siglo XVIII estaba demostrado que la acción colonizadora de los misioneros había logrado mejores resultados en el trabajo de pacificación y sedentarización de los indios y por el contrario, la política a base de presidios había acrecentado los conflictos y avivado el ímpetu guerrero de los grupos nómadas.(7)

En 1748, las autoridades encargadas de resolver los problemas de la frontera, se declararon en favor de la colonización del norte por medio de las misiones. Villaseñor y Sánchez escribe: "tiene suave, permanente, seguro, conveniente a la enseñanza, dirección, ejemplo, y contención de neófitos, y mucho más costoso, violento y ofensivo a los indios el resguardo de los presidios."(8)

El fortalecimiento del sistema misional en la Pimería, en lo que hoy es el estado de Sonora y el norte de Sinaloa, es el último ele-

(7) Florescano. Ob. Cit. p. 71.

(8) Villaseñor y Sánchez, José Antonio de. 1746-1748. Theatro Americano. p. 316.

mento, que junto con lo que ha venido explicándose deja aclaradas las condiciones del norte de la Nueva España, que llevarían a los jesuitas a California a fines del siglo XVII y las circunstancias generales en que lo hicieron. Fueron los ignacianos los que se encargaron de abrir camino por aquellos territorios continentales de la cuenca del Golfo de California y en pocos años lograron formar núcleos de población, intensificando los cultivos agrícolas, desarrollando la cría de ganado y favoreciendo así el fortalecimiento de la economía del sistema misional y facilitando el establecimiento de los colonos laicos.(9)

La cercanía a California, los buenos resultados de sus trabajos en la Pimería y por último la experiencia de Kino en la península, despertarían en los jesuitas un gran interés por extenderse hacia aquellas tierras vírgenes.

Pero la península de Baja California escapó a las disposiciones generales de las regiones de frontera. El gobierno, después de tantos gastos infructuosos para conquistarla, no estaba dispuesto a financiar nuevos intentos y autorizó la entrada de los jesuitas en condiciones que se explicarán más adelante. La política gubernamental respecto a California se comprende, si además se toma en cuenta la importancia geopolítica de sus territorios en el noroeste del continente americano y sus mares adyacentes.

La monarquía española y el liberalismo económico.

Las ideas ilustradas que durante el siglo XVIII permearon a la

(9) Del Río. 1985. A la diestra... p. 100.

intelectualidad europea, tuvieron repercusiones importantes para la monarquía española. La competencia con Francia e Inglaterra, países que contaban con una estructura capitalista mercantil cada vez más consolidada, dejaba a España en una situación desventajosa en la competencia por la hegemonía mundial. El país ibérico, con una extensión de colonias mayor que la de aquellos países, obtenía de ellas ganancias ridículas comparadas con las que Francia e Inglaterra obtenían de sus respectivos dominios. A partir de la implantación de la monarquía borbónica en 1714, en España se inició una política encaminada a la centralización efectiva del poder y al control de todos los territorios que configuraban al Imperio, como parte de un proyecto más amplio cuya finalidad era la incorporación española a las corrientes más avanzadas del capitalismo mercantil.

El absolutismo en España fue un fenómeno del siglo XVIII, pero en el Imperio tuvo su expresión extrema en la segunda mitad. En 1743, un documento determinó significativamente la línea que seguirían las reformas borbónicas en la Nueva España. El Nuevo sistema de gobierno económico para la América de José de Campillo y Cossío (1694-1744) proponía la introducción de métodos de gobierno con características mercantilistas (10), que permitieran un control absoluto de la economía colonial. Y en 1765, desembarcó en la Nueva España José de Gálvez en calidad de visitador general, comisionado para poner en marcha el plan reformista. Había que modernizar las estructuras productivas para fortalecer la economía y aumentar las rentas de la colonia; transformar al sistema gubernamental en uno despótico pero ilustrado, apoyado por comerciantes capitalistas y mineros ricos. Había que distribuir tierras a los indígenas para crear

(10) Brading, D. A. 1983. Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810).

un mercado ilimitado para las manufacturas españolas y acabar con el monopolio del consulado de Cádiz para liberar al comercio.(11)

El principal instrumento de las reformas fue el sistema de Intendencias instaurado en 1766 y que contribuiría a centralizar el poder transfiriendo al estado el control de la vida económica. Había que dejar sin poder a la institución del virreinato, que Gálvez consideraba terrible lastre heredado de la casa de Austria.

En 1763, al final de la guerra de siete años en que Francia y España pelearon como aliadas frente a Inglaterra, hubo cambios geopolíticos muy importantes en el norte de América: Francia cedió a Inglaterra Quebec y todo el territorio francés al este del río Mississippi, España le cedió la Florida y sus posesiones al este del mismo río a cambio de que se retirara de La Habana y España recibió de Francia la Louisiana y Nueva Orleans aunque tuvo que respetar el derecho de Inglaterra a navegar libremente por el río.(12)

La guerra dejó a Francia prácticamente fuera de América y significó una gran derrota para España, que quedó sola frente a un enemigo, ahora más amenazante y poderoso que antes. Había que fijar límites precisos a las fronteras del norte, que permitieran contener su expansión y para ello había que aumentar impuestos y militarizar las colonias. El ejército desplazó a la Iglesia como instrumento de control de la población.(13)

(11) Idem. p. 53.

(12) Young, Raymond Arthur. 1968. La influencia de Godoy en el desarrollo de los Estados Unidos de América a costa de Nueva España.

(13) Brading. Ob. Cit. p. 50.

Las noticias de avanzadas rusas e inglesas por las costas nor occidentales de América en la segunda mitad del siglo XVIII, acabaron de alarmar a la corona, que rápidamente promovió, a través de Gálvez, el avance hacia los territorios de la Alta California al norte de la península y así tuvo lugar esa última gran expansión territorial española en sus colonias de ultramar.

Todos estos acontecimientos que estremecían al mundo europeo y colonial del siglo XVIII, sucedían al tiempo en que la Baja California aprendía nuevas formas de vida y organización bajo la batuta jesuítica y que como fenómeno de su tiempo, recibió las consecuencias de la revolución que se engendraba en otras latitudes.

II. LOS JESUITAS Y LA OCUPACION TERRITORIAL DE LAS TIERRAS PENINSULARES

"Un verdadero régimen de excepción."(1)

Los jesuitas.

Los jesuitas llegaron a la Nueva España en 1572 y antes de dos décadas habían empezado a organizar un sistema de misiones a lo largo de la costa occidental, que se fue extendiendo hacia el norte por la Sierra Madre, sobre las planicies del actual estado de Chihuahua y por la costa frente a la península de Baja California. Y desde muy temprano, mostraron interés por esas tierras envueltas por las fantasías de los que se habían acercado a ellas o habían intentado incorporarlas a los dominios de la corona española.

Después del fracaso de la empresa de Atondo, el jesuita Eusebio Francisco Kino de regreso en sus misiones de la Pimería en Sonora, no desechó la idea de volver a la península para establecer en ella un sistema de misiones. Entusiasmó con su proyecto al también jesuita Juan María Salvatierra y juntos se dedicaron durante varios años, a hacer gestiones con el gobierno virreinal para obtener autorización de entrar a la indefinida península.

Después de múltiples trámites y de procurarse fondos(2) para

(1) Es así como Ignacio del Río califica al sistema misional que los representantes de la Compañía de Jesús establecieron en la península de Baja California. Del Río, Ignacio. 1984. Conquista y aculturación. p. 73.

(2) Los donativos que se consiguieron para la empresa californiana, cons-

financiar lo que tanto había costado al real erario durante los siglos XVI y XVII, Kino y el milanés Salvatierra obtuvieron, el 5 de febrero de 1697, la licencia del Virrey José Sarmiento Valladares, Conde de Moctezuma y Tula, quien la otorgaba bajo condiciones que contribuirían a darle originalidad al sistema que estaba a punto de iniciarse. Los jesuitas financiarían la empresa sin ninguna ayuda gubernamental, tomando posesión de la tierra en nombre del rey y tendrían el derecho de enlistar a la guardia y remover oficiales según conviniera. Se les facultó también para elegir a las personas que deberían administrar la justicia en nombre del rey.

En pocas palabras, el jefe de las misiones concentraría las autoridades religiosa, civil y militar; "no habría en la provincia ninguna autoridad sobre la suya y ésta sólo estaría subordinada, en materia civil y militar, a la del virrey."(3)

Cuando se dió la autorización a los jesuitas para entrar a California, no tardaron en organizar la primera expedición que salió del puerto del río Yaquí el 6 de octubre de 1697.(4) Salvatierra zarpó solo ya que Kino, por ser requerido para apaciguar revueltas entre los yaquis, no pudo realizar el proyecto que le había preocupado tantos años.

Y así empezó una aventura que por sus características sería única e imprimiría en California huellas que en mayor o menor medida deben reflejarse en su fisonomía actual.

tituyeron el Fondo Piadoso que se mencionará repetidamente a lo largo de este trabajo.

(3) Idem. p. 73.

(4) Engelhardt, Zephyrin. 1908. The missions and missionaries of California. p. 76.

La llegada y los primeros años.

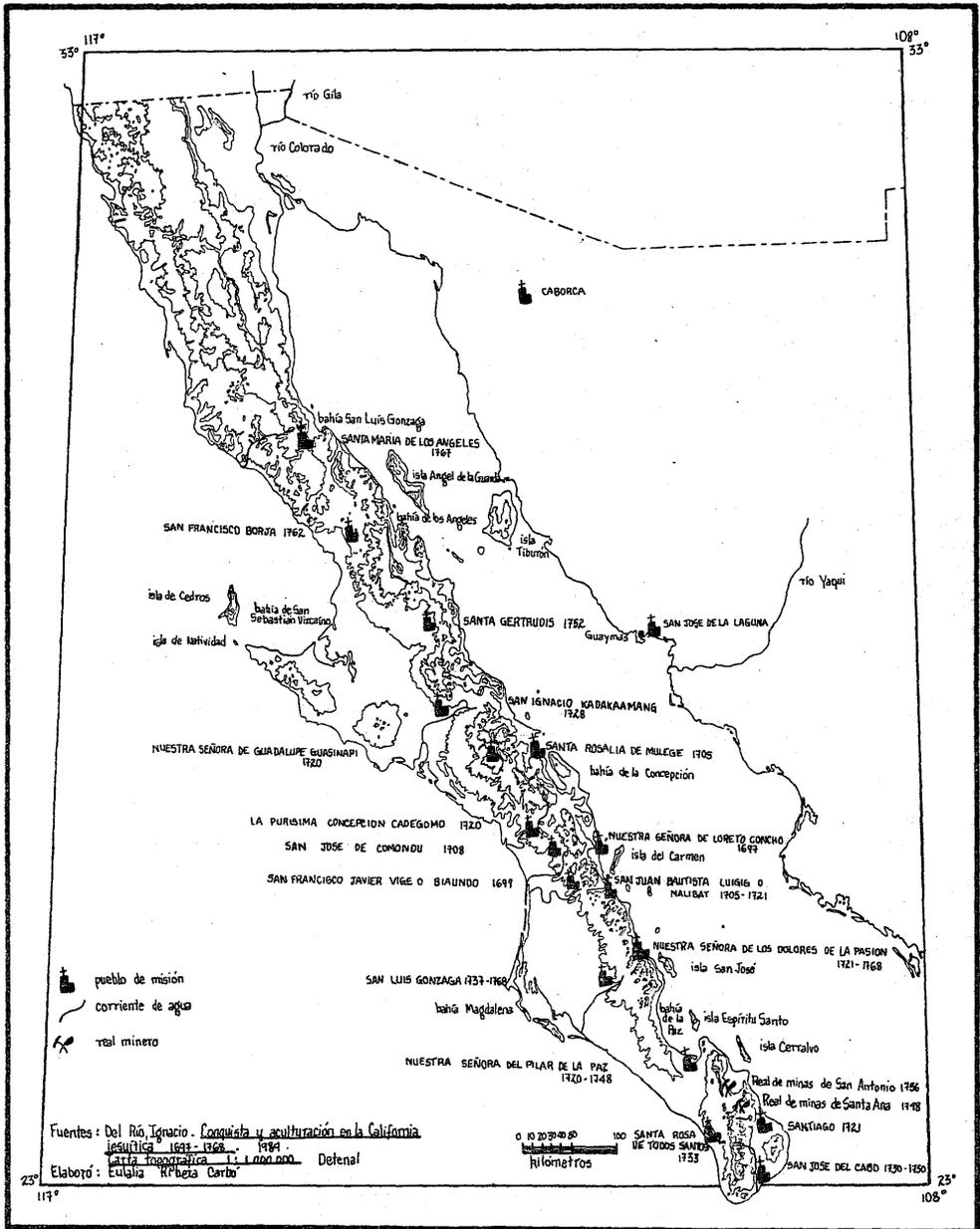
Los expedicionarios buscaron la misión de San Bruno donde había estado la colonia de Kino y Atondo, pero el lugar no resultaba adecuado para establecerse sobre todo por falta de agua; por ello la colonia se estableció un poco más al sur en Loreto, en la bahía de San Dionisio (mapa 2) donde una laguna proporcionaba agua para los animales, habiendo manantiales que surtían de agua potable a los hombres. (5) En lo que restaba del año 1697 se construyeron una capilla de piedra y algunos cuartos para los misioneros Salvatierra y Píccolo y para el capitán y el tesoroero de la expedición. También se estableció un presidio con una guarnición compuesta en ese momento de dieciseis hombres (6) y que durante varios años sería mantenida por los frailes.

Así, Loreto fue la primera base de operaciones y desde ahí se llevó a cabo la expansión interna; desde ese momento fungió como capital de la incipiente colonia que para fines del siglo XVIII se habría extendido hasta los territorios de la Alta California en lo que hoy es parte de los Estados Unidos de Norteamérica.

Durante los primeros años, la colonia tuvo que depender exclusivamente de los abastecimientos que llegaban de la contracosta y que enviaba el jesuita Juan de Ugarte, encargado de administrar los recursos del Fondo Piadoso. También el padre Kino socorría, cuando podía, a sus correligionarios enviando provisiones, mobiliario y animales que conseguía en las misiones de Sonora. Llegó a establecer una especie de rancho y almacén en la boca del río Yaqui, para mantener ganado y guardar

(5) Masten Dunne, Peter. 1968. Black robes in Lower California. pp. 46, 47.

(6) Engelhardt. Ob. Cit. p. 81.



carne seca, madera y manteca hasta que pudieran ser embarcadas rumbo a California.

En 1698 fueron llevados caballos y entonces los misioneros vieron la posibilidad de explorar tierra adentro y empezar a organizar nuevas unidades del sistema misional.

Desde un principio se preocuparon por conocer el medio físico peninsular, conscientes de los limitantes que imponía a la expansión agrícola y no tardaron en darse cuenta de la escasez de tierras aprovechables y sobre todo de agua. Justamente fueron esos dos elementos, como se verá con mayor detenimiento en otro capítulo, los que a lo largo del siglo XVIII condicionaron en buena medida el avance del sistema.

En 1699, el padre Píccolo encontró una zona propicia para la fundación de una misión y pronto soldados y nativos construyeron un camino para mulas y caballos que la comunicara con Loreto. En noviembre del mismo año se fundó San Francisco Javier y como Loreto tenía poco suelo adecuado para la agricultura y en cambio San Javier se encontraba en un fértil valle de la Sierra de La Giganta, fue esta segunda misión la que en los primeros años contribuiría al sostenimiento de ambas.

Después de dos años de adelantos y cuando los fondos que Ugarte se encargaba de recaudar se agotaban, los misioneros hicieron gestiones con el virrey para obtener ayuda, misma que les fue denegada, con lo cual, se precipitó temporalmente el estancamiento del avance jesuítico. Los pocos barcos con que se contaba y el desconocimiento de las condiciones de navegación del Golfo, varias veces pusieron a la débil colonia al borde del fracaso. Cuando se agotaban las provisiones, los expedicionarios se veían obligados a imitar a los indígenas californios y pescar,

buscar pitahayas en las montañas y cazar pequeños animales para subsistir. (7) Durante el año 1701 San Javier se cerró temporalmente por la falta de provisiones. (8)

Pero no solo la irregularidad e interrupción del abastecimiento que llegaba de Sonora castigó severamente a los colonos. Agravaron la situación algunos levantamientos indígenas que eran las primeras respuestas de hombres de vida nómada y precaria economía de subsistencia, a la agresión de un sistema cultural distinto que pretendía imponerse. Según Engelhardt, las primeras revueltas demandaban alimento a los misioneros.

Salvatierra volvió al continente con el fin de buscar la forma de mejorar la situación para California y en 1700 fundó una misión en Guaymas, un poco al norte de la desembocadura del Yaqui. La nueva misión, llamada San José de la Laguna tendría, entre otras funciones, la de servir como punto importante para la navegación rumbo a California y como un depósito de abastecimientos. (9)

En 1702 fueron llevados más caballos a Loreto y enseguida se organizaron exploraciones al interior y hacia la costa Pacífica de la península. (10) El gobierno estaba interesado en la fundación de un puerto adecuado en el Pacífico para que los galeones provenientes de Filipinas pudieran parar y encontrar alivio a la falta de alimentos y agua y al escombuto que generalmente atacaba a la tripulación, antes de continuar su camino a Acapulco. Las expediciones fueron infructuosas en ese sentido.

(7) Engelhardt. Ob. Cit. p. 105.

(8) Masten. Ob. Cit. p. 69.

(9) Idem. p. 78.

(10) Idem.

En marzo de 1703, Salvatierra con el capitán Lorenzo y algunos soldados, salió de Loreto camino de San Javier donde se les unieron los padres Piccolo y Basaldúa. Al llegar a la costa hicieron exploraciones hacia el norte y hacia el sur sin encontrar puerto alguno. En mayo del mismo año, Ugarte, que había llegado a California, hizo una expedición hacia el norte de Loreto hasta la bahía de la Concepción, donde pocos años después se fundaría la misión de Santa Rosalía De Mulegé. (11)

Pero aunque en alguno de sus objetivos los viajes de esos años fueron infructuosos, se encontraron ciertos lugares con condiciones físicas y humanas adecuadas para la fundación de misiones o pueblos de visita, se conocieron ríos como el San Ignacio y en general se fue reconociendo la región que había de ser objeto de una colonización futura.

Esas "condiciones humanas" que los misioneros consideraban favorables para la fundación de misiones, eran en concreto, un número considerable de indígenas que pudiera ser convertido a la religión católica. Los indígenas californios fueron clasificados por casi todos los cronistas en tres grandes grupos: los pericúes que habitaban el extremo sur de la península y algunas islas como Cerralvo, Espíritu Santo y San José, los guaycuras que poblaban desde La Paz hasta Loreto y los cochimíes que se extendían por el resto de la península. (12)

Sin excepción, se trataba de pueblos nómadas cazadores recolectores unidos en pequeños grupos que los misioneros llamaban rancherías, con vínculos de parentesco y que reconocían cierta región en sus recorri-

(11) Engelhardt. Ob. Cit. p. 107.

(12) La división de esos tres grupos surgió de la identificación de las tres lenguas correspondientes a cada uno de ellos.

dos. Eran por lo tanto, pueblos que difícilmente podían ser sometidos por la fuerza de las armas. Los métodos que emplearon los jesuitas para reducirlos, fueron los mismos utilizados en otras regiones del norte de la Nueva España; se evitaban enfrentamientos y se les estimulaba al acercamiento con regalos; poco a poco se les inducía a establecerse alrededor de las misiones y de esta forma se iniciaba la vida de un pueblo misional. El pueblo misional "era una especie de pequeño caserío levantado en derredor de la iglesia y de la morada del misionero. Además de las edificaciones, siempre sencillas y escasas, cada misión tenía por lo común una huerta de frutales y hortalizas, así como terrenos de agostadero para el ganado y tierras para la siembra de maíz, trigo y otros granos. A veces la escasez de agua obligó a emprender cultivos en sitios alejados de la cabecera misional; en tales casos se formaban allí pueblos de visita, lugares que, pese al nombre, no siempre contaron con una población arraigada de fijo." (13)

Esta breve descripción que Ignacio del Río hace de los poblados misionales, ha de servir para entender el patrón general de ocupación que rigió en el proceso de penetración jesuítica en la península.

Mientras tanto, los dos puntos iniciales de colonización, que según Engelhardt contaban en 1704 más de sesenta personas entre misioneros, marinos, soldados, indios cristianos de la contracosta y algunas mujeres y niños, seguían afrontando graves problemas para sostenerse. El precario servicio de los barcos que transportaban las provisiones desde Sonora, hacía tambalear al pequeño grupo colonizador que aparentemente se

(13) Del Río. 1984. Conquista y aculturación... p. 118.

mantuvo gracias al tesón de los hombres que lo dirigían.

Entre 1704 y 1706, se cambiaron los arreglos financieros por medio de los cuales California se beneficiaba del Fondo Piadoso. Después de que se perdieron algunos capitales, se decidió que los jesuitas no recibieran directamente los donativos de los benefactores, sino que dichos donativos se invertirían en haciendas que producirían provisiones para las misiones californianas, o bien redituarian intereses que las favorecerían. Quizá fue este nuevo arreglo lo que permitió que entre 1705 y 1708 se fundaran tres nuevas misiones: Santa Rosalía de Mulegé, San Juan Bautista Luigig o Malibat y San José de Comondú. Esta última, en las faldas occidentales de la Giganta, tuvo problemas para la irrigación de sus cultivos y por ello estableció dos visitas: San Juan con una pequeña casa, un cuarto de almacén y algunas cabras, y San Ignacio con una cabaña para el misionero y donde se cosechó maíz, trigo, frijol y un poco de arroz. Con el tiempo la misión prosperó a pesar de la escasez de agua y se llegaron a cultivar olivos, higos, viñas, caña de azúcar y algodón con la ayuda de canales de riego. Tenía ovejas y se manufacturaban telas y sábanas de lana. (14)

Santa Rosalía cultivaba uvas, algodón y más tarde dátiles.

Pero la más próspera de las misiones siguió siendo San Javier a pesar de los ataques indígenas y de los difíciles años que vivió entre 1700 y 1703. (15) Desde el principio tuvo su iglesia, unas cuantas casas y un huerto con coles y lechugas; en los alrededores había cactus con fru

(14) Masten. Ob. Cit. pp. 126, 127.

(15) Del Río. 1984. Conquista y aculturación... p. 209.

tas en abundancia. Se comenzó el cultivo de trigo, maíz, frijol, caña de azúcar, uva y árboles frutales. En esa primera década del siglo, el padre Ugarte fundó una escuela para niños en la que se enseñaba moral, religión y algunas artes manuales necesarias para la prosperidad de la colonia. También fundó una escuela de niñas a las que se enseñaban labores consideradas "propias de su sexo" y un hospital. Se construyeron dos estanques de piedra y mezcla y varios canales de riego, para distribuir las aguas del arroyo en las tierras de labor.

Terribles sequías obligaron a Ugarte en 1704 a trasladar la misión hacia el oeste donde se encontraba un pequeño oasis y donde se fundó el pueblo de San Pablo alrededor de la iglesia que se construyó. Otra unidad dependiente de San Javier fue San Miguel a donde se llevó tierra fértil para formar una huerta en una hondonada y se construyó una presa. En San Miguel se llegó a producir mucho vino. Para 1707 San Javier tenía un número considerable de ovejas.

Y así, estas misiones constituyen un buen ejemplo de la ramificación de las cabeceras misionales en los ya mencionados pueblos de visita.

Para los primeros trabajos de siembra y apertura de caminos en esta región de la Sierra de la Giganta y para alguna de las expediciones que los misioneros hicieron en esos años a la costa Pacífica, en busca del puerto deseado por la Corona (1705), fueron utilizados indios yaquis traídos de las costas de Sonora. (16)

Las misiones, esos primeros centros de poblamiento que hubo en

(16) Idem. p. 105.

el mundo peninsular, al final de la segunda década del siglo, seguían su mando cinco. Después de la fundación de San José Comondú en 1708, habían pasado más de diez años sin incrementarse en número. Se regían por el estricto sistema establecido por Salvatierra en el cual el superior de las misiones tenía jurisdicción completa en California y contaba con la ayuda de dos oficiales llamados procuradores: uno en México que se cuidaba de las finanzas de las misiones y otro en Loreto, procurador del presidio y encargado de soldados y marinos. (17) Los soldados permanecían en el presidio de Loreto, pero en cada misión había uno de planta que auxiliaba al misionero y controlaba la misión en su ausencia. De hecho, la presencia militar en la península se debía a la necesidad de protección de los misioneros y era una forma de asegurar el territorio a la corona de España.

Todos los bastimentos necesarios para la subsistencia y el progreso de la colonia, seguían siendo llevados desde el exterior, inclusive los materiales necesarios para la construcción de casas, que dada la escasez de árboles en la península, eran importados de Sinaloa. En 1715 había, según Masten, 400 cabezas de ganado vacuno que todavía no se mataban para alimentar a la población en espera de que se multiplicaran, lo que hacía necesario importar carne seca también de Sinaloa.

Los jesuitas persistieron en sus demandas de ayuda real para la colonización de California. Aparentemente, eran las autoridades virreinales y no las reales las que se resistían a cederla. En 1717 las peticiones de los misioneros parecen haber sido escuchadas y el gobierno

(17) Idem. p. 141.

virreinal hizo algunas concesiones. Se asignó una cantidad para el pago de salarios de soldados y marinos, se permitió la participación de un mayor número de soldados en la empresa, se aceptó pagar el costo de otro barco para el servicio de las misiones, se dió a los religiosos el derecho a explotar la sal de la isla del Carmen frente a Loreto y otras que en no todos los casos se cumplieron.(18)

Estas medidas, seguramente influyeron favorablemente para que al final de la segunda década del siglo XVIII las misiones californianas alcanzaran cierta prosperidad y se pudieran realizar más expediciones al interior. En 1716 Píccolo viajó al norte de Loreto y Salvatierra al sur a lo largo de la costa, para tantear el terreno y vislumbrar posibilidades de expansión. Durante el año 1719, buscando la bahía que Vizcaíno había descubierto un siglo antes y que lleva su nombre, se encontró bahía Magdalena, capaz de albergar a todos los barcos de la flota española pero sin agua en los alrededores para sostener un establecimiento. En 1717 habían llegado a Nueva España órdenes de buscar por mar el paso que comunicara al Golfo de California con el Océano Pacífico, el famoso paso de Anián que desde hacía años preocupaba a los gobiernos virreinales. La expedición que el padre Ugarte encabezó en 1721 y de la que se hablará más tarde, fue una respuesta a esos intereses gubernamentales. También en 1721 se exploraron hacia el noroeste de Loreto hasta cerca de los 28° de latitud, las playas de la bahía Vizcaíno. Se encontraron algunos puntos en los que era posible para un barco atracar, pero con condiciones desfavorables en tierra para sustentar un asentamiento humano.(19) La Corona insistía en la fundación de un puerto con un presidio y un esta-

(18) Engelhardt. Ob. Cit. pp. 163-165.

(19) Masten. Ob. Cit. pp. 165, 166.

blecimiento de familias españolas fijo en la costa occidental, pero el proyecto nunca se realizó por no hacerlo factible las condiciones ambientales del occidente peninsular.

El sur de la Península

Desde la llegada de los jesuitas a Loreto había existido el interés por ocupar el sur de la península y en especial por fundar una misión en la bahía de La Paz, conocida desde tiempos de Cortés y bautizada por Vizcaíno en 1596. La misión debería servir de trampolín para llegar hasta el extremo sur y organizar establecimientos de apoyo al galeón de Filipinas. Los grupos guaycuras del sur habían demostrado ser los más rebeldes y hostiles a los extranjeros, seguramente debido a la huela que la experiencia de Atondo y las constantes agresiones de los buscadores de perlas habían dejado en las conciencias de aquellos californios surianos.

La prosperidad relativa lograda en el sistema misional al final de la segunda década del siglo en curso, permitió que después de varias tentativas fracasadas del padre Salvatierra por penetrar en el sur y atraer a los indios a la cristiandad, se organizaran nuevas expediciones a la mencionada bahía: una por tierra, que partió de Malibat, y otra desde Loreto, por mar, que debía transportar las provisiones para una nueva fundación: Nuestra Señora del Pilar de la Paz, cabecera de varios pueblos de visita, entre otros Todos Santos y Angel de la Guarda. Al oeste de La Paz se encontró buena tierra y enseguida se sembró maíz. (20)

(20) Engelhardt. Ob. Cit. pp. 171, 172.

Y como se había planeado, La Paz fue el punto de partida hacia el extremo meridional. Entre 1723 y 1724 se construyeron caminos hasta las visitas de la nueva misión y hasta la misión de Santiago que se había fundado en 1721 al sur de La Paz. Entre ambas misiones pronto hubo suficiente ganado que pudo reproducirse por la abundancia de pastos.(21)

También en esos años (1721) se fundó a mitad del camino entre Loreto y La Paz la misión de Nuestra Señora de los Dolores o de la Pasión. San Juan Malibat había declinado después de dieciseis años de existencia, sobre todo por las epidemias que aquejaron a su población y por los constantes ataques de los indios isleños. Ante la inminente necesidad de tener que abandonarla, se decidió fundar la misión de Dolores en el camino a La Paz y en un area en que la guerra entre los grupos indígenas de la región, incluidos los de las islas, era constante. Desde Dolores se penetró en la Sierra de la Giganta y se agrupó a los indios en seis pueblos de visita reubicando a los de Malibat en algunos de ellos. Inclusive se alcanzó a grupos del desierto de Magdalena y de las orillas de la bahía del mismo nombre.(22)

Pero después de este auge expansivo, severas calamidades frenaron nuevamente el avance de los religiosos. Entre 1722 y 1723 una epidemia de peste llevada por los europeos a California causó estragos entre los aborígenes; plagas de langosta acabaron con las fuentes de alimento y el estado de guerra persistió; todo junto puso en peligro a las misiones recién fundadas. En 1723, Santiago tuvo que ser movida unos cuantos kilómetros tierra adentro para evitar las agresiones constantes de los

(21) Idem. pp. 203, 204.

(22) Masten. Ob. Cit. pp. 194-197.

isleños. (23)

Y así se fueron sosteniendo las misiones en el sur, funcionando en la misma forma que las de Loreto y sus alrededores; dependientes siempre de los abastecimientos que llegaban por barco de la contracosta (24) y haciendo esfuerzos por convertir indios, sedentarizarlos y acostumbrarlos al trabajo y a las "buenas maneras"; por combatir al agreste paisaje y arrancarle en lo posible, los frutos que permitieran sobrevivir y seguir adelante en una labor que más parecía una lucha contra lo imposible.

Al iniciarse los años treinta, nuevos establecimientos pudieron abrirse gracias a importantes donaciones al Fondo Piadoso y a la llegada de dos nuevos misioneros a California. Roma se interesó por aquellas tierras lejanas y a fines de la década de los veinte envió un visitador. (25) También por esos años se encontró el anhelado puerto para el galeón de Filipinas: un estuario del río San José en la punta de la península, donde era posible anclar y que en tierra contaba con suelo fértil y agua abundante. Una expedición que llegó por mar desde Loreto y La Paz fundó la misión de San José del Cabo en 1730.

En 1733, Todos Santos, visita de la misión de La Paz, fue elevada a categoría de misión gracias a un donativo de 1731. Santa Rosa de Todos Santos en breve se convirtió en la misión más rica y productiva de la región y tuvo un papel importante por su proximidad a los únicos establecimientos de carácter civil en la península con los que estableció vínculos de dependencia económica sobre todo. Pero de ello se hablará

(23) Idem. p. 203.

(24) Alguna rara vez entraron por la misión de Dolores.

(25) Masten. Ob. Cit. p. 237.

más adelante con mayor detenimiento.

Conforme los jesuitas y su cadena de misiones fueron penetrando en las inquietas regiones del sur, la rebeldía pericú se fue acrecentando hasta que en 1734 un violento acontecimiento interrumpió el lento devenir de la vida misional: el movimiento de rebeldía indígena de mayor magnitud y consecuencias en la historia californiana. Varias rancherías de indios pericúes y guaycuras se levantaron en armas y atacaron las misiones de Santiago y San José del Cabo. La rebelión se extendió a Nuestra Señora del Pilar de la Paz y a Santa Rosa de Todos Santos y en menos de tres semanas los indígenas destruyeron las cuatro misiones, mataron a dos misioneros, a varios soldados y sirvientes y lograron su soberanía en toda la región meridional de la península. Fue el único caso en que los aborígenes californianos lograron recuperar para sus dominios una ex tensión territorial tan grande violada por la penetración misionera.

Ante el temor de que el levantamiento se generalizara, todos los misioneros de la California se replegaron en Loreto. Los españoles tuvieron que movilizar a los soldados del presidio de aquella misión y de otras milicias del centro y norte, uniendo su fuerza a la de tropas indígenas y españolas llegadas de Sonora y Sinaloa. Los misioneros ya no podrían prescindir en adelante del aparato militar.

La reconquista del territorio fue lenta, pero más aún lo fue la recuperación de los avances logrados por el sistema misional¹.

Los primeros intentos de reconquista se hicieron desde La Paz en noviembre de 1734 y se continuaron durante 1735 sin encontrar oposición indígena armada. Pocas fueron las batallas frontales si bien la

violencia y la hostilidad marcaron el desenvolvimiento de los hechos.

En enero de 1735, un acontecimiento de trascendencia política y militar vendría a sumarse a la agitación que envolvía al sur peninsular. El galeón de Filipinas paró, como lo había hecho el año anterior, en la bahía de San Bernabé cerca de San José del Cabo, pero al bajar la tripulación a tierra para buscar alivio, fue atacada por los indios levantados en armas. Sería este suceso, el que haría recapacitar a las autoridades virreinales sobre la reiterada petición de los misioneros para que se estableciera un puesto militar en el sur, ya que a la corona de España le interesaba fortalecer la zona para poder combatir a los piratas ingleses y holandeses que acechaban al galeón.(26)

El presidio se instaló en Cabo San Lucas y los soldados se distribuyeron en San José del Cabo, en La Paz y en la misión de Santiago. El presidio debía ser independiente del de Loreto y estar fuera de la jurisdicción de las misiones, pero los desórdenes, la indisciplina y la confusión aumentaron en tal forma, que el viejo orden tuvo que restablecerse y la nueva escuadra militar quedó una vez más bajo la jurisdicción de los misioneros y dependiente del presidio de Loreto.

El levantamiento de 1734, mostró a los jesuitas que su empresa de conquista territorial y espiritual no lograría erradicar las posibilidades de fracaso rotundo mientras la potencialidad rebelde de la población indígena no fuera totalmente oprimida. La campaña de reconquista duró hasta finales de 1737(27) y, a partir de ese momento, los misioneros se dedicaron a reconstruir un sistema totalmente en ruinas.

(26) Idem. pp. 296, 297.

(27) Idem.

En los años que siguieron, hubo algunos brotes de rebeldía con efectos muy localizados y que fueron seguidamente reprimidos, inclusive hasta el exterminio.

"La posibilidad de ofrecer una resistencia activa frente al régimen misional casi quedó anulada entre los californios al llegar a su término la campaña de reconquista."(28)

En 1737, uno de los pueblos de visita de Nuestra Señora de los Dolores, alcanzó la categoría de misión tomando el nombre de San Luis Gonzaga y se ramificó en seis visitas que para 1751 se habrían reducido a dos: San Juan Nepomuceno y Santa María Magdalena en las orillas de la bahía del mismo nombre. En la misión se pudieron cultivar uvas, dátiles e higos por medio de canales de riego. El azúcar que se producía era cambiado en Loreto por otros bienes.

Los años de 1742, 1744 y 1748, fueron marcados en la historia del sur peninsular por las terribles epidemias de peste, viruela y otras enfermedades que, según Masten, mermaron en cinco sextas partes a la población aborígen. La dramática situación obligó a los misioneros a reacomodar a la población y a reducir el número de misiones en función. La población de San José del Cabo se trasladó a la misión de Santiago y Nuestra Señora del Pilar de la Paz fue abandonada en 1748 porque, además de las epidemias, el agua se había vuelto escasa. Los sobrevivientes fueron reubicados en Santa Rosa de Todos Santos.(29)

(28) Del Rfo. 1984. Conquista y aculturación... p. 223.

(29) La información que se encontró al respecto es un poco confusa.

Por esos mismos años, un acontecimiento excepcional estremeció nuevamente la vida misional. Un soldado del presidio de Loreto renunció a su puesto en 1740 y obtuvo permiso para buscar perlas en las costas de California. Pero con la decadencia de algunos placeres perleros, Manuel de Ocio, que así se llamaba el personaje, se dedicó a buscar vetas argentíferas de las que ya había dejado alguna noticia, muy temprana, el capitán del presidio de Loreto Esteban Rodríguez Lorenzo. En 1748 Ocio fundó el mineral de Santa Ana en un lugar en el que en 1721 los jesuitas habían construido una capilla, pero que habían abandonado para fundar la misión de Santiago. (30)

Los jesuitas, que legalmente no podían impedir el establecimiento del real de minas, lo obstaculizaban negándose a ofrecer la ayuda necesaria para su subsistencia. En 1751 se estableció otro real minero de menor importancia (El Triunfo de Santa Cruz) y en 1756 se fundó un tercero: San Antonio.

A pesar de la actitud reacia de los jesuitas para ayudar a aquellos únicos poblados no misionales existentes en California, se estableció un comercio a pequeña escala entre las misiones de Santa Rosa y en menor grado de Santiago y San José del Cabo y los reales de minas, siempre en un ambiente tenso y sin gran importancia a nivel regional. Las misiones vendían sus productos a cambio de plata en pasta(31) que les servía para comprar implementos en la contracosta y ornamentos y artículos necesarios para las iglesias.

La minería se enfrentó a serios problemas, no tanto por la ba-

(30) Amao Manríquez, Jorge Luis. 1981. Minas y mineros en Baja California 1748-1790.

(31) plata sin quintar.

ja producción sino por lo dificultoso y caro que resultaba el abastecimiento para la población de los reales y de los materiales necesarios para la extracción y beneficio de los metales. Si bien las misiones satisfacían en buena medida la demanda de productos agropecuarios de los pueblos mineros, los productos manufacturados tenían que ser llevados desde México en un barco propiedad de Ocio. Otro de los problemas para la minería fue la escasez de mano de obra, que tenía que ser suplida con indios yaquis y mayos contratados por temporadas para trabajar en California. Algunos exsoldados de las misiones se sumaban también a la población civil de los pueblos mineros.

Cuando Ocio en 1753 quiso fundar un pueblo español cerca de San José del Cabo, hubo serios problemas con los jesuitas, mismos que se resolvieron con un decreto del virrey que daba preferencia a las misiones sobre los reales españoles.(32)

La minería, al no integrarse con el sistema misional durante el período jesuítico, tuvo el carácter de una economía de enclave obligada a sustentarse en la pesca de perlas y sobre todo en la ganadería, que muchas veces representaba la única fuente de alimentos dado que las condiciones naturales del medio impedían el desarrollo agrícola.

"Quizá por todo este cúmulo de experiencias, tenidas desde el momento en que se fundó el real de Santa Ana, el inicio de la explotación minera no atrajo, como en otras partes, a grandes masas de pobladores; pero de todas formas la minería le dió a la colonización civil de California el impulso que no le habían dado los jesuitas."(33)

(32) Amao. Ob. Cit. p. 8.

(33) Del Rfo. 1984. Conquista y aculturación... p. 163.

La expansión al norte.

Mientras se establecían misiones en las tierras bajas y costeras del sur, se planeaba y llevaba a cabo la expansión por los pequeños y fértiles valles, en los flancos occidentales de la Sierra de la Giganta. El mismo auge del sistema misional que permitió la expansión de los jesuitas hacia el sur al iniciarse la década de los años veinte, llevó a la fundación en 1720 de La Purísima Concepción Cadegomó y Nuestra Señora de Guadalupe Guasinapí al noroeste de Loreto.

Juan de Ugarte se propuso hacer un viaje por mar a la costa Pacífica de la península y buscar el lugar adecuado para el tan mencionado puerto que deseaba la corona de España. Y para poder realizar sus propósitos, decidió construir un barco en tierras californianas lo que le llevó a viajar en 1718 a la sierra al norte de Mulegé en busca de madera. Construyó un camino para bajar la madera a Mulegé y encontró el lugar para fundar la misión de Guadalupe. La falta de suelo cultivable en Nuestra Señora de Guadalupe, hacía muy difícil para los misioneros levantar cosechas suficientes para sostenerse. Era necesario llevar provisiones desde Loreto a Mulegé por mar y de ahí a través de la sierra hasta Guadalupe. Pero si bien la agricultura no pudo desarrollarse, sí fue posible mantener una cantidad considerable de ganado a pesar del constante asedio de gatos monteses.(34) Al igual que en Mulegé, se llegó a producir buen queso con leche de vaca. Las ranherías indígenas de la zona fueron organizadas en cinco pueblos de visita, cada uno con una iglesia y algunas chozas. En La Purísima también se introdujeron cultivos de trigo, maíz, frijol, garbanzo, granadas, zapotes, uvas, higos, algodón y ca

(34) Masten. Ob. Cit. Gatos monteses por "mountain lions" en el original. pp. 223,224.

ña de azúcar, por medio de canales que aprovechaban el agua del arroyo del mismo nombre. Se cultivaban flores y se criaban ovejas, vacas, mulas y caballos. Se construyeron caminos hasta las rancherías más importantes y un camino Real a Guadalupe, a Mulegé y a San José Comondú.

En 1728, con la fundación de San Ignacio Kadakaamang, la cadena de misiones dió un paso más hacia el norte. El lugar, en las faldas noroccidentales de la Sierra de la Giganta, había sido descubierto por Píccolo en 1716 en uno de sus viajes de exploración. Su fundación se había retrasado por falta de misioneros y ante la prioridad de convertir a los inquietos indios del sur. Por la lejanía de San Ignacio con respecto a las demás misiones, había que hacer producir a la tierra lo más pronto posible y enseguida se construyó una presa para almacenar aguas de riego. Las buenas tierras y la abundancia de agua pronto hicieron a San Ignacio autosuficiente e inclusive próspera(35) y le permitieron ayudar a la misión de Guadalupe. Se sembraron viñas, olivos e higos, calabazas, granadas, legumbres, caña de azúcar y algodón. En 1730 los jesuitas introdujeron a California y a San Ignacio en particular, palmeras de dátiles.(36) El vino de San Ignacio pronto fue reconocido por su calidad y el ganado vacuno y las ovejas abastecieron de carne y material para vestido. Como en todas las misiones, se trató de organizar a los indios de la región en pueblos de visita. Uno de ellos fue San Juan Bautista, que en el futuro debía servir como punto de arranque para avanzar hacia el norte. Cerca del Golfo estaba Santa Ana con un puerto que permitía la entrada de provisiones. En muchas de las visitas se construyó una capilla y algunas chozas y se cultivó y se criaron animales.

(35) Idem.

(36) Idem.

En los finales del período jesuítico (1760 y 1761), habrían de fundarse en San Ignacio, dos escuelas para niños y niñas y se construiría una gran pared protectora contra inundaciones.(37) De esta forma, se vería prosperar en las laderas del norte de la Sierra de la Giganta, en un arroyo con palmeras y tierra fértil, la que según Masten fue la más floreciente de las misiones californianas.

El movimiento de expansión hacia el norte de la península, fue acompañado de múltiples viajes de exploración y reconocimiento, que fueron abriendo el camino a aquellos hombres incansables. El jesuita Taraval, que llegó a California en 1730 encargado de hacer una historia de las misiones de la península, exploró la isla de Cedros y la actualmente llamada isla de Natividad en el Océano Pacífico, dejando minuciosas descripciones de bahías y otros accidentes del litoral, de la vegetación y la fauna. Además, trasladó por un tiempo a los indígenas de Cedros a San Ignacio para iniciarlos en los conocimientos del cristianismo.

Por su más amplia implicación estratégica y geopolítica, del resto de los viajes por las regiones norteñas de la península se hablará con más detalle en otro apartado.

Después de la fundación de San Ignacio en 1728, habrían de pasar más de dos décadas antes de que la cadena de misiones jesuíticas diera otros pasos adelante por los intrincados paisajes del norte bajacaliforniano.

(37) Idem. pp. 392, 393.

La inestabilidad que se vivió en el sur a raíz de la revuelta de 1734 asestó un duro golpe al ímpetu expansionista de los jesuitas. Gran parte de sus esfuerzos tuvo que concentrarse para sacar adelante a aquellas regiones castigadas, además, por las epidemias de los años cuarenta. A pesar de todo, por esos mismos años, fue gestándose un plan de expansión hacia el norte que uniera a las misiones californianas con las de Sonora y Sinaloa, si aquellas tierras realmente resultaban ser una península. (38) En noviembre de 1744, el Consejero de Indias, con aprobación del rey, propuso entre otras cosas que, para acelerar los proyectos expansionistas de los jesuitas, estos debían entrar en California por el norte, fundando misiones en esa región. Sin embargo los jesuitas no perdían de vista el problema que representaban los belicosos indígenas que habitaban entre Sonora y el río Colorado, mientras no fuesen sometidos y cristianizados. (39)

En 1752 se fundó Santa Gertrudis en un lugar de poca agua y escaso suelo fértil. Se llevó suelo de otras regiones y se construyeron un pequeño acueducto y un pozo artesiano para aprovechar el agua. Como en tantas otras misiones, se sembraba maíz en verano y trigo en invierno; se plantaron árboles frutales y viñas de las que se producía vino. En las laderas del Pacífico proliferó el ganado vacuno cimarrón.

La siguiente misión, San Francisco Borja, no se fundó sino hasta diez años después (1762) por no haberse encontrado antes un lugar apropiado (sobre todo por la ausencia de manantiales). La misión se encontraba en una región escasa en madera, tierras para el pastoreo y suelo agrí-

(38) Idem. p. 383.

(39) Engelhardt. Ob. Cit. pp. 232-235.

cola, lo que la hacía muy dependiente del abastecimiento desde el exterior. Santa Gertrudis tenía poco que dar y lo que se enviaba a Loreto llegaba por barco al puerto de Los Angeles en el Golfo de California.

Y en 1767, un año antes de ser obligados a abandonar las tierras a las que se habían entregado durante setenta años, los jesuitas fundaron su última misión: Santa María de los Angeles a la que no pudieron ver prosperar. Se fundó en un lugar descubierto por el jesuita Consag en su viaje de 1746 y explorado por su correligionario Link en un viaje a la isla Angel de la Guarda en 1765. Las provisiones le llegaban por la bahía de San Luis Gonzaga en el Golfo. La misión tuvo una corta vida ya que en 1768, después de haber sido ocupada unos meses por los franciscanos, fue abandonada y reducida a visita de San Francisco Borja.

California, ¿isla o península?

A los que en la adolescencia tuvimos la suerte de disfrutar las obras que produjo la magnífica imaginación de Julio Verne, este título nos recordará el episodio de La Isla Misteriosa en que los náufragos del globo aterrizan en una tierra desconocida y lo primero que se preguntan es, ¿isla o continente?

De la misma manera, los aventureros de esta historia se preguntaron desde el principio si las nuevas tierras que pisaban eran una isla o estaban unidas al continente en alguna latitud desconocida. Aquella inquietud revestida con el interés estratégico de encontrar una ruta terrestre para llegar a California, empujó a los infatigables jesuitas a realizar viajes de exploración reconocidos entre los más importantes y difíciles de la época, en la historia del norte de América.

La necesidad de referir en un apartado especial esos viajes, no solo está en función de su intrínseca relación con la ocupación territorial de las tierras californianas. Su carácter de reconocimiento geográfico y su contribución para delimitar la fisonomía de una cara del mundo aún desconocida en ese momento, nos hace reflexionar sobre la importancia de distinguirlos en un trabajo que pretende seguir objetivos geográficos.

Uno de los primeros en interesarse por la condición de California fue Eusebio Francisco Kino, a quien al serle negada la posibilidad de trabajar en las tierras en las que había incursionado con Atondo en 1683, abrigó la esperanza de unir su sistema misional de las costas de Sonora con el de sus compañeros en California. La sospecha de que California no era una isla como se pretendía, le nació al descubrir unas conchas azules entre los indios pimas, iguales a las que había visto en las costas Pacíficas de la dudosa península. Era evidente que los indios californianos nunca cruzaban el Golfo y en las costas del continente jamás había visto conchas parecidas. Y, como éste, otros indicios lo empujaron a viajar en 1700 hasta el río Gila y seguir su curso hasta el río Colorado, para continuar aún un poco al sur. En 1701, cuando Salvatierra se encontraba en Sonora buscando la manera de solucionar el problema de fondos y abastecimientos para la empresa californiana, Kino buscó a su amigo y juntos emprendieron nuevamente la marcha hacia el norte. El camino a través del desierto de Altar les hizo sufrir grandes calamidades hasta que llegó el momento en que la falta de agua y de provisiones les impidió seguir adelante. Pero desde un punto elevado, los dos compañeros de idea les vieron las sierras del este de la península descender en pequeños lomeríos y planicies para cerrar el Golfo.

En 1702, Kino volvió a incursionar por el río Colorado, esta vez hasta su desembocadura y encontró lo que él consideró nuevas pruebas para confirmar que California era una península.

Pero el gran descubrimiento parece haber caído en el olvido, porque en 1721, Ugarte, con el barco que había construido en la costa del Golfo al norte de Mulegé, salió a buscar el paso que comunicara por el norte con el Pacífico. El Triunfo de la Cruz y otro barco, zarparon de Loreto en mayo de 1721. Navegaron hasta la Isla Tiburón, pasaron por el estrecho entre la isla y el continente y llegaron a un río donde para ron y caminaron hasta la antigua misión de Caborca fundada por Kino. En julio cruzaron a la costa de California y siguieron hacia el norte hasta la desembocadura del río Colorado y a la costa de la pimería en Sonora. Después de pasar serias dificultades dadas las desventajosas condiciones para la navegación en el Golfo, llegaron de regreso a Loreto habiendo comprobado nuevamente la peninsularidad de California. Del viaje, quedó un mapa hidrográfico con el contorno de las dos costas del Golfo hecho por el piloto Strafford y algunas reflexiones de Ugarte sobre la esterilidad absoluta de las costas al norte de Guaymas, que dificultaría el plan de unir las misiones californianas con las de Sonora.(40)

La ruina del sur después de 1734, produjo un mayor interés gubernamental en la expansión al norte y en especial hacia el Gila y el Colorado por Sonora. Por orden de Fernando VI, rey de España, se organizó una expedición para verificar la peninsularidad o insularidad de California. ¿Habían sido en vano los esfuerzos de los jesuitas que se habían aventurado años atrás por aquellos medios hostiles?

(40) Masten. Ob. Cit.

En 1746, el padre Consag zarpó de Loreto y bordeó la costa hasta la desembocadura del Colorado donde intentó penetrar infructuosamente. En los viajes de ida y de regreso, se hicieron reconocimientos y descripciones del delta del río y de la costa, de gran valor para los navegantes. No se encontraron lugares apropiados para el establecimiento de misiones y se descubrió el puerto de Los Angeles protegido con una serie de islas y con manantiales cerca de la costa.

En el mismo año, California fue declarada península por decreto Real. (41)

En 1751 Consag realizó otra expedición, esta vez por tierra a través de las sierras de California. Aunque dejó un diario, no se conoce en forma precisa la ruta ni la latitud a la que llegó. Tocó las costas del Pacífico seguramente al norte de la bahía de Vizcaíno y descubrió, entre otras cosas, un lugar al que llamó La Piedad y el que más tarde ocuparía la misión de Santa Gertrudis. En 1753 llegó hasta la bahía de San Luis Gonzaga y penetró al sur de la sierra de San Pedro Mártir.

Consag fue uno de los grandes exploradores de California. De sus expediciones quedaron descripciones de montañas, caminos, hábitos de los indígenas y otras informaciones valiosísimas que facilitaron la expansión jesuítica al norte.

En 1765 y 1766, el último explorador jesuita de California, Link, intentó llegar al Colorado por tierra para buscar lugares apropiados para futuras misiones y comprobar que California no era una isla! Desde San Borja buscó inútilmente un camino para cruzar la sierra de Pe-

(41) Idem.

dro Mártir en lo que sería la primera exploración del norte de la península. Exploró la isla Angel de la Guarda y algunas extensiones de la costa del Pacífico.

"It has been asserted with truth that at this period of history's evolution the Jesuit was the world's most active explorer and most accurate cartographer and geographer" (42)

Visión general del sistema misional

La crónica que hasta aquí se ha hecho de la penetración de nuevos tipos de organización económica y social en tierras que desconocían formas de vida sedentaria, requiere de una recapitulación sobre su funcionamiento general y sobre la manifestación que tuvieron en la organización del espacio.

Una gran extensión de tierra, habitada por hombres nómadas que aseguran su subsistencia por un perfecto equilibrio con el medio, ve surgir paulatinamente construcciones que intentan concentrar a su alrededor a la población dispersa hasta entonces.

"En la medida en que se desarrolló este proceso general de expansión que multiplicó los enclaves misionales en el vasto mundo aborígen californiano, fueron generándo

(42) "Ha sido afirmado con razón, que en este período de la evolución de la historia los jesuitas fueron los más activos exploradores del mundo y los más precisos cartógrafos y geógrafos". Masten. Ob. Cit. p. 166.

dose a nivel local otros procesos en el sentido inverso, es decir, tendientes a convertir a cada núcleo en un centro aglutinante de población nativa."(43)

Cada cabecera misional contaba con una iglesia, casas para misioneros y soldados y pocas chozas donde vivían unos cuantos neófitos. En algunos casos había un edificio de almacén, de escuela o, como en Loreto, el cuartel del presidio.

Se intentaba agrupar a los indios de los alrededores en torno de las misiones para constituir los pueblos misionales; sin embargo, la esterilidad de la tierra y la irregular llegada de abastecimientos por barco no permitían sostener a una población numerosa y cuando los alimentos escaseaban los indios volvían a las montañas para asegurarse la sobrevivencia como siempre lo habían hecho.

Aparte de las cabeceras misionales, no hubo en California otros establecimientos de importancia con población indígena. Los misioneros hacían el esfuerzo por reunir a los indios alejados de las misiones, en lo que se han llamado pueblos de visita y que, como ya se dijo, no eran más que zonas en las que un grupo de californios solía desplazarse con más regularidad. En las visitas, frecuentemente se edificaban algunas construcciones sencillas que hacían posible al misionero alojarse de vez en cuando y officiar los ritos religiosos. Pero si bien esas pequeñas construcciones hacían constantemente presente el nuevo orden que luchaba por imponerse, no eran suficientes para lograr el asentamiento de aquellos cazadores-recolectores, a menos que el medio y la constante visita

(43) Del Rfo. 1984. Conquista y aculturación... p. 70.

de algún religioso permitieran el desarrollo agrícola.(44) Muchas veces, eran los indios de las rancharías dispersas los que visitaban periódicamente las cabeceras misionales para recibir la doctrina, pero sobre todo atraídos por la comida que se les proporcionaba durante su estancia.

Las misiones no solo eran centros religiosos sino también pequeñas unidades de producción. La propiedad de la tierra y los instrumentos de trabajo era comunitaria y los misioneros fungían como administradores de las propiedades misionales. Donde el suelo y el agua lo permitían, se cultivaba y se llevaban a cabo obras de riego. El producto se almacenaba y se iba distribuyendo entre los habitantes de la misión. Pero pocas fueron las misiones que lograron tener una producción agrícola suficiente para sostener a toda su población. Al menos dos veces al año, tenían que ser enviados desde México, cargamentos con lo necesario para que el sistema se sostuviera. Los bastimentos llegaban en mulas hasta algún punto de la contracosta, generalmente Guaymas o Matanchel, y ahí se embarcaban rumbo a Loreto. Llegados a Loreto se almacenaban y poco a poco se le enviaba a cada misión lo necesario.(45) A pesar de las distancias que separaban a los diversos centros misionales y que cada misión era administrada por su respectivo ministro, hubo una gran uniformidad en el método de gobierno misional y en la conciencia de los misioneros respecto a su labor colectiva. Los recursos que llegaban del exterior se administraban en una forma centralizada desde Loreto y por ello, había una comunicación constante que contribuía a aglutinar al sistema.

(44) Idem. pp. 138-139.

(45) A los soldados y otros hombres al servicio de los misioneros, se les distribuían bienes en forma de pagos. Masten. Ob. Cit.

Las misiones constituyeron una cadena que permitía a las recién establecidas estar comunicadas; ello no solo integraba al sistema sino que era indispensable, en vista de la absoluta dependencia del abastecimiento del exterior para llevar a cabo la expansión. Y la expansión del número de misiones fue paralela al desarrollo del sistema de comunicaciones. Los jesuitas abrieron y nivelaron muchos caminos que servían al paso de hombres y de ganado. Un camino real unía los principales pueblos misionales al norte y al sur de Loreto. De ese camino y de cada misión, salían otros más pequeños que llevaban a los pueblos de visita y seguramente algunos, a rancherías muy lejanas. Los caminos se abrían con materiales traídos de la contracosta.

Masten habla de doce caminos que en 1717 iban de costa a costa en la península; y un jesuita que en 1730 visitó California, aseguraba que la labor hecha para abrir caminos en lo que iba de ocupación jesuítica, era mayor que la que se había hecho en el resto de la Nueva España a lo largo de dos siglos. (46)

No solamente la agricultura fue la fuente de recursos básicos para las misiones. La ganadería, que se expandió en territorios muy amplios, fue un elemento importante para la economía misional; sin embargo, adoptó un carácter de pastoreo libre ya que las condiciones del medio no permitían mantener al ganado concentrado. Ello dió por resultado que la mayoría de los animales crecieran y se reprodujeran en calidad de cimarrones.

Si la producción de las misiones difícilmente era suficiente

(46) Idem. p. 152.

para mantener a su feligresía, es imposible pensar que tuviera excedentes para exportar a México a cambio de otros bienes. El vino fue el único elemento que además de producirse para el consumo, se exportó a las misiones de Sonora y Sinaloa. Por el contrario, se importaban, además de productos agropecuarios básicos, ropa(47) y artículos personales, utensilios de trabajo, materiales de construcción (madera especialmente), elementos necesarios para las iglesias, etc. (48) Se entiende entonces, que los precios de las cosas en la península fueran mucho más altos que en la contracosta.

Si bien la existencia del sistema misional dependía de lo que llegaba por barco a expensas del Fondo Piadoso, la agricultura y la ganadería le dieron mayor estabilidad. Los centros más prósperos ayudaron siempre a los más pobres y así se fueron manteniendo.

La expulsión

La expulsión de la Compañía de Jesús de los territorios del Imperio Español, fue expresión señera de las reformas económicas que se iniciaron con la nueva dinastía y de las que ya se habló en capítulo anterior.

Durante los siglos XVI y XVII, los jesuitas habían desempeñado el papel de "adelantados", abriendo fronteras e incorporando nuevas tierras a la corona; pero a mediados del siglo XVIII, cuando España se batía

(47) Aunque el cultivo de algodón y la cría de ovejas hicieron a la colonia un poco menos dependiente en ese renglón.

(48) Se llegó a importar un altar completo. Idem.p. 358.

por ir a la par de otras potencias en el huracán revolucionario que estremecía a Europa, los religiosos se convirtieron en un obstáculo económico, al impedir el acceso de particulares a extensas zonas de buenas tierras donde ellos instituían sus sistemas misionales(49) y al sustraer de la sociedad, a través de la protección de los indios, mucha mano de obra que, explotada, aumentaría la productividad de las colonias españolas.

En pocas palabras, los jesuitas se convirtieron en un freno al desarrollo del capitalismo mercantil.

Por decreto real, el 24 de junio de 1767, la Compañía de Jesús fue expulsada de España. A California, la noticia llegó en enero del siguiente año y el 3 de febrero de 1768, los jesuitas abandonaron para siempre aquellas tierras en que habían volcado tantos años de esfuerzos. Gaspar de Portolá, nombrado gobernador de la península, fue el encargado de llevar a cabo el decreto de expulsión. Pero lo que habría de pasar a la convulsionada California a partir de ese momento, es tema para otro capítulo.



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COLEGIO DE GEOGRAFIA

(49) El caso más sobresaliente es el de Paraguay.

III. EL PERIODO POSTJESUITICO

"...visitador general José de Gálvez, personaje representativo de la burocracia ilustrada, enérgico, emprendedor, inflamado de espíritu reformista y dispuesto a hacer prevalecer los derechos que reclamaba la corona en nombre del regalismo." (1)

La visita de Gálvez.

Cuando los representantes de la Compañía de Jesús abandonaron California, las riendas del régimen misional pasaron temporalmente a manos de las autoridades militares y en cada misión quedó un soldado comisionado del buen funcionamiento y del orden del establecimiento. Pero los comisionados eran individuos cuyo interés por la prosperidad de las misiones y sus neófitos se cifraba en la medida en que existiera alguna posibilidad de bienestar y enriquecimiento personales. La falta de habilidad para manejar los problemas y la administración de los pueblos, aceleró en unos cuantos meses un proceso de decadencia franca del que difícilmente pudo recuperarse el sistema. Los indígenas volvían a su vida nómada en los montes y los pocos recursos de las misiones se agotaban.

José de Gálvez, que fuera visitador general de la Nueva España de 1765 a 1771, llegó a la península de Baja California en julio de 1768

(1) Del Rfo, Ignacio. 1974. "Población y misiones de Baja California en 1772. Un informe de Fray Juan Ramos de Lora". Estudios de Historia Novohispana. p. 242.

para reestructurar la organización política, económica y social de la región y para preparar las expediciones por mar y tierra a la Alta California, que se había convertido en lugar de primordial interés geopolítico.

En su viaje de inspección por el sur peninsular, fue gestando un plan de reformas que hicieran de California una provincia económicamente productiva de la cual el real erario obtuviera regalías. Para la mente reformista de Gálvez, la organización misional de la región ya no era conveniente para los intereses de España, como lo había sido en otras circunstancias históricas.

El gobierno quedó en manos de un gobernador (Gaspar de Portolá) y se dividió a la península en dos departamentos: el del norte con su cabecera en Loreto y el del sur con la cabecera en el real de Santa Ana. En Loreto residirían el gobierno y la comandancia del presidio.(2) La primera medida importante de Gálvez fue anular el régimen jurídico de California y confirmar el principio de real soberanía sobre sus tierras, supeditándolas a los intereses de la corona.

La anulación del régimen jurídico jesuítico tenía por objeto resolver el conflicto planteado entre los intereses de las misiones y los intereses seculares que respondían a los del nuevo régimen reformista. Se dió a las organizaciones civiles un carácter primordial y las misiones quedaron sujetas al nuevo orden político y sus funcionarios. Perdieron no solo la soberanía sobre las tierras misionales sino también sobre el gobierno de los indios.(3) Se desconocieron los títulos de propiedad

(2) Amap. Ob. Cit. p. 35.

(3) Idem.

otorgados por los jefes del presidio de Loreto en tiempos jesuíticos y se repartieron tierras a indios y ganaderos particulares.

Viendo el alarmante descenso de la población nativa, Gálvez ordenó su reacomodo para equilibrar la situación en los diversos pueblos de misión. Se abandonaron las misiones de Dolores y San Luis Gonzaga, cuyos indios y misioneros se instalaron en Santa Rosa de Todos Santos que contaba con buenas tierras y suficiente agua y que había perdido a mucha gente víctima de las epidemias infecciosas. Algunos indios de Todos Santos fueron llevados a Santiago y otros de San Javier se acomodaron en San José del Cabo. Con la desaparición de las dos misiones, quedaba una gran distancia entre San Javier y Todos Santos sin establecimiento alguno, por lo que se organizó un rancho ganadero en San Luis Gonzaga, dándose la posesión de la tierra a un exsoldado y su familia.(4) Se llevó población de Guadalupe y Santa Gertrudis a San José de Comondú y a La Purísima Concepción que también contaban con más tierras de labor y agua.

Gálvez, quien atribuía a la ineficacia y egoísmo de los jesuitas el que en California no hubiesen prosperado los establecimientos misionales, se proponía, en poco tiempo, reducir a los indios y darles tierras en propiedad, para civilizar y hacer productivas aquellas regiones que solo habían servido para satisfacer la ambición de los ignacianos. Había que juntar a los indios en pueblos y hacerlos trabajar en forma independiente para que fueran capaces de autosostenerse y rendir impuestos al fisco.

Se crearon dos almacenes reales, uno en Loreto y otro en Santa Ana y varios estancos, que junto con la explotación de algunas de las mi-

(4) Engelhardt. Ob. Cit. pp. 311, 312.

nas de plata por cuenta del real erario, darían una injerencia directa al estado en la economía de la península.(5) Los indios dotados de tierras entregarían parte de su producción al almacén real. Los de las regiones norteñas, en consideración a la escasez de agua y de tierras arables entregarían un menor porcentaje.

Gálvez redujo la cantidad asignada anualmente por el rey para el mantenimiento de los militares, haciendo responsables a las misiones de completarla con el producto de su trabajo.

Había que trasladar gente a la Isla del Carmen para explotar la sal, construir un depósito para almacenarla y enviarla a San Blas.(6)

Los establecimientos mineros de San Antonio y Santa Ana, con algunos ranchos ganaderos de alrededor, se organizaron en un distrito llamado Real de Minas que tuvo su cabecera en Santa Ana. Un teniente-gobernador con jurisdicción civil quedó a cargo de los problemas de la zona.

Se proyectó una escuela industrial en Santa Ana para enseñar a los indios a trabajar la cochinilla y producir tintes.(7) También se planeó la fundación de una escuela de marina en Loreto, la habilitación de puertos en la península y en Sonora y la concesión de una feria mercantil en Guaymas que promoviera el comercio californiano.(8)

Después de la peste que en 1769 azotó el sur de la península,

(5) Amapa. Ob. Cit. p. 30.

(6) Engelhardt. Ob. Cit. pp. 369-380.

(7) Idem. pp. 330, 331.

(8) IMGS. 1982. El territorio mexicano. p. 125.

Santiago y Loreto se secularizaron por orden de Gálvez.(9) Esa medida no sólo respondía al gran descenso de la población que le quitaba sentido al trabajo misional, sino que tendía a reducir las funciones de las misiones para facilitar la colonización civil y para poder disponer de un mayor número de misioneros para las expediciones a la Alta California.

¿Cumplieron sus objetivos todas las reformas planeadas por José de Gálvez? Repartió tierras, reacomodó a la población, estableció reglamentos que beneficiaran al comercio y a la industria, arregló los asuntos relativos a la hacienda pública y a la reglamentación de los jornales. Pero la labor de Gálvez, usando las palabras de Ignacio del Río, fue "tan drástica como ineficaz."(10) Se analizará el asunto posteriormente.

La visita de Gálvez a la península sirvió también para organizar las expediciones a los territorios de la Alta California, que interesaba ocupar ante la amenaza potencial de comerciantes rusos e ingleses que avanzaban por las costas pacíficas de Norteamérica procedentes del estrecho de Behring, Alaska y de la región de los Grandes Lagos y Ohio. (11) Las expediciones por mar tendrían la misión de tomar posesión de los puertos de San Diego, San Francisco y Monterrey y los viajes por tierra irían reconociendo el camino peninsular hasta San Diego.

Se realizaron dos travesías por mar. La primera partió de La

(9) San José del Cabo ya había sido secularizada desde tiempos jesuíticos.

(10) Del Río. 1974. "Población y misiones..." p. 242.

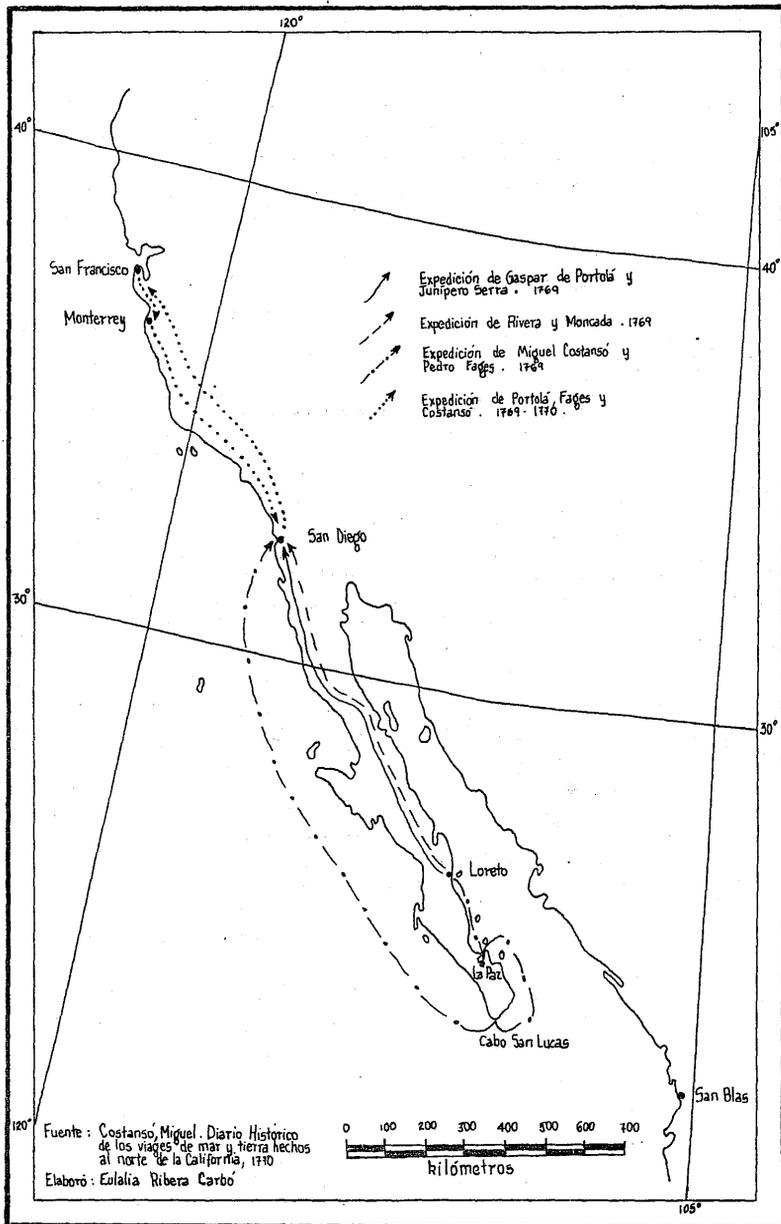
(11) Florescano. Ob. Cit. p. 53.

Paz en enero de 1769 y estuvo a cargo del ingeniero militar catalán Miguel de Costansó, que llegó a San Diego en abril y del que aún se conserva un interesante diario de viaje. La segunda salió de Cabo San Lucas en febrero de 1769 y reconoció un buen tramo de la costa del Pacífico. También fueron dos los viajes por tierra. El primero estuvo a cargo del comandante del presidio de Loreto, Fernando Rivera y Moncada y el segundo y más importante, salió de Loreto en marzo de 1769 y llegó a San Diego en julio y al puerto de Monterrey en mayo de 1770. Lo encabezaron Don Gaspar de Portolá y el franciscano Junípero Serra, quienes visitaron las misiones a lo largo del camino con el fin de obtener bastimentos necesarios para la nueva empresa. (Mapa 3)

La mención de estos viajes no tiene un sentido puramente anecdótico; como se verá, las expediciones a la Alta California y en general el interés por aquellas tierras, tuvieron consecuencias directas en el desarrollo y crecimiento del sistema misional sudcaliforniano.

Los franciscanos y la Baja California.

Fue a los frailes franciscanos a quienes se encomendó la tarea de substituir a los jesuitas en Sonora, Sinaloa y la península de Baja California. Los franciscanos del Colegio de San Fernando de la Ciudad de México fueron destinados a esta última región y salieron de San Blas para atracar en la bahía de San Dionisio frente a Loreto en abril de 1768. Dirigidos por fray Junípero Serra, nombrado superior de las misiones, fueron ocupando todos los pueblos de misión abandonados por sus antecesores, para enfrentarse desde el primer momento con la grave decadencia de los establecimientos y con problemas que no habían conocido los padres igna-



cianos. El régimen misional había dejado de ostentar un carácter exclusivista. A instancias de Gálvez, los misioneros quedaban limitados a los asuntos religiosos y el manejo de los bienes temporales se dejaba en manos de los militares, en quienes había recaído a la salida de los jesuitas.

Pero aquellas nuevas disposiciones precipitaron un caos tal, que obligó a echar marcha atrás. Las tierras habían dejado de cultivarse, el ganado se sacrificaba sin control y se abusaba del trabajo indígena.(12) Desde entonces, la historia sudcaliforniana caminaría marcada por una lucha constante entre religiosos y autoridades civiles que no se pondrían de acuerdo respecto al orden de las cosas.

A pesar de la política de Gálvez de puertas abiertas a la colonización civil de la península, que ofrecía tierras a los pobladores, no se incrementó el número de colonos sino que más bien disminuyó. Una población de origen español de no más de medio millar de personas, viviendo con la esperanza de abandonar aquellas tierras que no prometían ningún futuro y una población indígena que no lograba trasponer el límite de la vida nómada, eran los sectores que conformaban esa sociedad en decadencia.(13)

En agosto de 1770 cuando llegaron noticias del éxito de las expediciones a San Diego y Monterrey, Gálvez, quien había abandonado California en mayo de 1769, decidió que debían fundarse, aparte de las misio-

(12) Del Rfo. 1974. "Población y misiones..." p. 243.

(13) Idem. p. 245.

nes proyectadas para la Alta California, cinco misiones entre San Fernando Velicatá y San Diego para facilitar el camino hacia aquellos parajes que serían el escenario de la última gran expansión de España en tierras americanas.

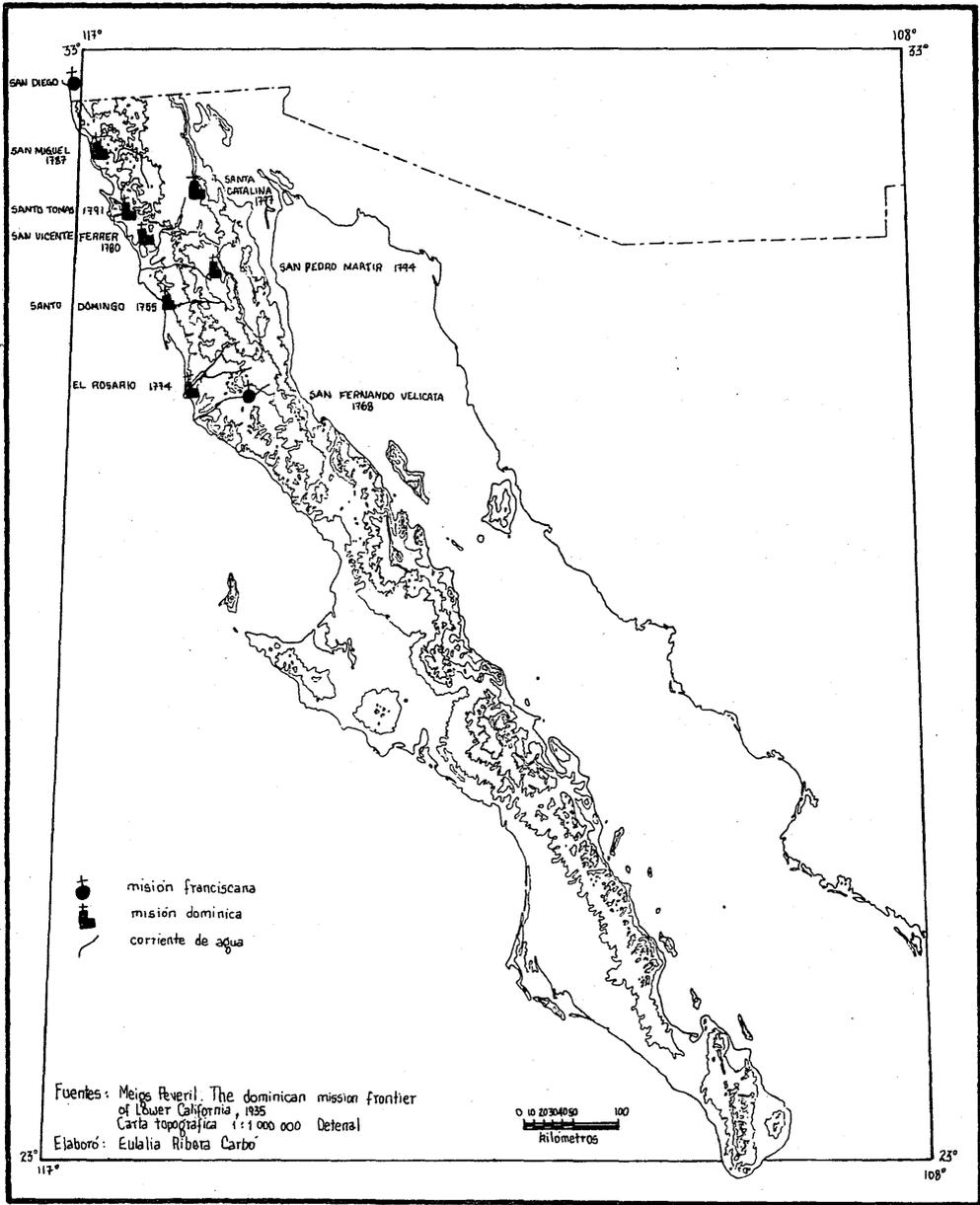
San Fernando Velicatá era una misión que había sido fundada por los franciscanos al noroeste de Santa María de los Angeles, durante la expedición de fray Junípero Serra a San Diego en mayo de 1769. (Mapa 4) Contaba con agua suficiente para irrigar la tierra, pero el suelo difícilmente permitía la cosecha de maíz y trigo. Habría de ser la única fundación de los fernandinos(14) en la Baja California, ya que desde Velicatá brincarían hasta su segunda misión que fue San Diego, dejando intermedio un gran vacío de ocupación.

Los franciscanos no pudieron llevar a cabo el proyecto de Gálvez por múltiples circunstancias que no son difíciles de adivinar. La falta de misioneros y de soldados suficientes, la partida de Gálvez a España y los constantes enfrentamientos con el gobernador de California y otras autoridades civiles, fueron factores que se sumaron a la situación que ha venido describiéndose respecto a la grave escasez y decadencia del sistema misional, que por ende no rendía lo suficiente para permitir una expansión en cinco nuevas fundaciones.

Desde 1770 y hasta el momento de su partida en 1772, los franciscanos hicieron una serie de demandas en favor de la empresa que les había sido encomendada y que no parecía tener esperanzas de salir adelante. En 1770, fray Francisco Palou envió al visitador general una lista de quince peticiones que abogaban por mejores condiciones para los indios y

(14) Franciscanos del Colegio de San Fernando de México.

MAPA 4 . LAS MISIONES FRANCISCANAS Y DOMINICAS 61



las misiones, como eran salarios mensuales además de las raciones diarias de comida para los indios que trabajaban directamente para el rey, aumento de los precios de los artículos que las misiones vendían al almacén real, que el tabaco y las telas, entre otros productos, no tuvieran que ser comprados en dicho almacén sino que pudieran ser adquiridos directamente en México o Guadalajara, que las misiones siguieran recibiendo lo que les correspondía del Fondo Piadoso, que no se impusieran contribuciones a los indios, etc. (15)

En diciembre de 1771 nuevamente se hicieron peticiones, esta vez al virrey Bucareli, que seguían la misma línea de las anteriores; un mayor número de soldados para poder fundar las cinco misiones entre San Fernando Velicatá y San Diego, que los indios que trabajaban para el rey fuesen bien pagados, que se diera a los misioneros el control de los bienes temporales que Gálvez le había quitado, que el almacén real pagara a las misiones precios más altos por sus productos o que cubriera sus deudas entregándoles bienes necesarios para su subsistencia, que se facilitara la cría de ganado para ayudar a la empresa de la Alta California y por último, que se cedieran algunas de las misiones peninsulares a otra orden religiosa. (16) Los franciscanos habían sido elegidos para hacer el trabajo misional en las nuevas tierras californianas y es natural que su interés por la difícil empresa de sostener el sistema bajacaliforniano no despertara tanta vocación.

La absoluta decadencia de los establecimientos misionales y el fracaso de la minería en el sur, había reducido a la colonia a una economía de subsistencia; Baja California se había convertido en un lugar de

(15) Engelhardt. Ob. Cit. pp. 379-383.

(16) Idem. p. 412.

paso hacia la Nueva California en la que se desarrollaban prósperos centros de población. La breve estancia de los franciscanos en la península no puede compararse con la gran labor que los mismos desempeñaron en la Alta California a la que entraron en calidad de descubridores y en donde se enfrentaron a un medio natural pródigo. En la Baja California, tuvieron que trabajar en un mundo preestablecido para tratar de salvarlo de los graves problemas que lo aquejaban. (17) (Apéndice)

Pero si bien el trabajo de los franciscanos en la Baja California no se caracterizó por la expansión y el desarrollo del sistema misional, hay que mencionar la importante labor de exploración que realizaron por las regiones vírgenes de la península al norte de Velicatá y en su camino a San Diego y que marcaría los pasos para la futura expansión dominica. El padre Crespi dejó un diario del viaje en que descubrió las zonas favorecidas de la costa occidental. La expedición abrió un camino que, de hecho, se ha seguido usando sin desviaciones importantes. (18) Se hablará de él más adelante.

Desde la salida de los jesuitas en 1768, los frailes dominicos gestionaban ante las autoridades virreinales el permiso para entrar en Baja California y hacerse cargo de sus misiones. En 1772, cuando el avance de los franciscanos por la Alta California se concretaba y estos pedían permiso para abandonar algunos puntos de la península, el gobierno decidió que fueran las dos órdenes religiosas las que acordaran cómo debían dividirse el territorio misional. En abril de ese año se firmó un

(17) Del Rfo. 1974. "Población y misiones..."

(18) Meigs, Peveril. 1935. The dominican mission frontier of Lower California. p. 11.

concordato en el que se establecía que los dominicos tomarían a su cargo las viejas misiones jesuíticas y que se extenderían a partir de San Fernando Velicatá hasta cerca de San Diego. Los franciscanos, se quedarían al norte de ese puerto.

La salida de los franciscanos hacia sus territorios al norte de la península fue un largo camino lleno de dificultades. El gobernador Felipe Barri puso un sinnúmero de trabas para evitar que fueran sacados de Baja California todos los implementos donados por las misiones y necesarios para los nuevos establecimientos de la Alta California. Y así, aquellas tierras tan alejadas del mundo quedaban una vez más a la espera de nuevos guías.

Los dominicos y la península en el último período misional.

Los frailes dominicos desembarcaron en Loreto en mayo de 1773. Recién llegados de conventos españoles, carecían de experiencia en el trabajo de frontera(19) y así tuvieron que hacerse cargo no sólo de los pueblos misionales desde San José del Cabo hasta San Fernando Velicatá, sino de la tarea de abrir frontera con nuevos establecimientos en el camino a San Diego. Por un lado, heredaron un mundo lleno de contradicciones y problemas y por otro un territorio virgen que aguardaba ser conquistado pero que de antemano les reservaba dificultades parecidas.

(19) Idem. Ob. Cit. p. 38.

EL SUR

Después de la salida de los jesuitas y durante la breve estancia de los franciscanos, el sur de la península había adquirido una importancia particular por ser la región que auxiliaba a los barcos destinados a San Diego y Monterrey, abasteciéndoles de lo necesario para las nuevas misiones. Pero esa función de la región sureña representó el sacrificio de sus propias fundaciones, que si apenas lograban mantenerse, debían ofrecer parte de lo que tenían para apoyar a la empresa que se había convertido en primordial preocupación del gobierno virreinal.

Los reales mineros fundados a mediados del siglo y que durante el período jesuítico no habían desempeñado un papel importante en la conformación y el desarrollo del sur de la península, poco a poco habían hecho surgir una sociedad con intereses distintos a la que había generado el sistema misional. Gálvez, con sus reformas, intentó impulsar a la minería, que si bien nunca logró llenar las funciones que el visitador general pretendía, sí contribuyó a conformar un sistema económico articulado, que no conoció el resto de la península. El establecimiento del almacén real en Santa Ana, pretendía favorecer la colonización de tipo civil al apoyar el desarrollo de la actividad minera abasteciéndola de lo requerido.

Los almacenes reales de Santa Ana y Loreto recibían sus productos generalmente desde San Blas, pero la navegación podía durar de uno a seis meses y muchas veces la carga se descomponía. Ello restringía a los almacenes a surtirse de lo que compraban a las misiones y los obligaba a recurrir a los establecimientos de Sinaloa. En ese renglón, la misión de Todos Santos desempeñó un papel importante. Era la más rica y gran parte de lo que producía se vendía al almacén del sur. De esa forma, Santa Ana

se había convertido en un promotor de la vida económica local.

Por otro lado, la minería le había dado un gran impulso a la actividad ganadera privada, que para 1775 era más importante que las actividades económicas de las misiones.(20) Durante los tiempos de la administración jesuítica, repetidas veces la ganadería representó para los pueblos mineros, la única posibilidad de obtener los alimentos estrictamente necesarios para la subsistencia. Después de la visita de Gálvez, surgieron en el sur ranchos ganaderos particulares estrechamente ligados a la minería. La ausencia de un mercado interno y la inseguridad del abastecimiento externo seguían obligándola a apoyarse en aquella actividad pecuaria.

Un censo económico y de población levantado en 1775 por órdenes del gobernador Neve, muestra que la zona más densamente poblada por habitantes no indígenas en la península, era en la que se desarrollaba la actividad minera. En efecto, había promovido la colonización de tipo civil, pero finalmente no podía sustraerse a las limitantes que habían obstaculizado, desde la llegada de Salvatierra a la bahía de San Dionisio en 1697, la prosperidad de aquellas regiones.

No fue solamente el problema de los abastecimientos lo que estancó a la minería; uno de los mayores obstáculos a los que se enfrentó fue el de la escasez de mano de obra. Las epidemias habían dejado prácticamente despoblado el sur y no solo faltaba mano de obra para las minas, sino también para el trabajo de las misiones, que ya no podían producir lo necesario para sustentar a la actividad minera a través del almacén de Santa Ana. La falta de población se agravó a raíz de que Gálvez

(20) Amao. Op. Cit.

utilizó mucha gente para apoyar las expediciones a la Alta California, tanto, que la minería se paralizó por un tiempo.(21)

En 1776 y 1779, por órdenes del gobernador Neve se repoblaron Loreto, San Javier y sobre todo Todos Santos, Santiago y San José del Cabo, con gente del norte (de Santa Gertrudis y de San Borja) para trabajar las tierras abandonadas y sostener a la actividad minera que se veía como la única posibilidad de salvación de la ruina y el despoblamiento totales de la península. Se llevaban trabajadores de la contracosta, indios yaquis y mayos que pronto deseaban volver a su tierra para dejar las penurias que les deparaban aquellas regiones.

En las postrimerías del siglo XVIII, la ocupación territorial en el sur de la península y hasta San Fernando Velicatá, había variado poco de como la abandonaron los incansables jesuitas y lo poco, era consecuencia de la inminente necesidad de cerrar centros misionales dada su absoluta decadencia.(22) Alrededor de 1790 la actividad minera se recuperó relativamente al irse resolviendo el problema de escasez de azogue y aumentó el flujo de colonos hacia el sur de la península.(23) La región era la de mayor importancia económica y social en la Baja California, ya que para entonces todas las misiones estaban en crisis y sin esperanzas de recuperación. Los pueblos mineros crecerían, pero los cambios no serían significativos en cuanto a la estructura de la ocupación del espacio sudcaliforniano que se ha descrito.

(21) Idem. pp. 42-45.

(22) Santiago y Nuestra Señora de Guadalupe se abandonaron en 1795. Engelhardt. Ob. Cit. p. 535.

(23) Amao. Ob. Cit. p. 84.

EL NORTE

En el último tercio del siglo XVIII, el norte bajacaliforniano desempeñó un papel diferenciado del resto en la historia peninsular. Y no tanto por la estructura territorial de la ocupación, como por los intereses que la determinaron. Gálvez y el virrey Croix habían terminado su administración en el norte del virreinato con una "Instrucción para formar una línea o cordón de quince presidios sobre las fronteras de las provincias internas de esta Nueva España y nuevo reglamento del número y calidad de oficiales y soldados que éstos y los demás han de tener,..."

(24) Se trataba de un programa de pacificación del septentrión novohispano que pretendía establecer y reestructurar quince presidios a lo largo de una línea aproximada de 700 leguas, desde el Mar de Cortés en Sonora hasta el Golfo de México. El Reglamento de presidios fue aceptado por Carlos III en una cédula real en septiembre de 1772. En 1776, la línea de presidios quedó terminada y constituía un primer esbozo de lo que sería la frontera de México desde la segunda mitad del siglo XIX.

En este afán por asegurar los territorios norteños para España, la Alta California tenía un lugar especial. El miedo a que Rusia o Inglaterra reclamaran el territorio, había hecho de urgente necesidad extender las misiones hasta los puertos de San Diego y Monterrey. Para 1776, las dos Californias estaban relativamente aseguradas para España con una cadena de misiones y presidios que llegaba, en su extremo norte, a la bahía de San Francisco. (25) Los riesgos y los gastos que implicaba el contacto de la Nueva California con el resto del país a través de

(24) IMSS. Ob. Cit. p. 128.

(25) Idem. p. 134.

viajes por mar, hacía necesario y urgente buscar una ruta terrestre. Pero atravesar desde Sonora la región del Colorado era prácticamente imposible. El desierto de Altar se interponía y la belicosidad de los indios habría hecho que el gasto de abrir el camino fuera mucho mayor al servicio que prestara.

De esa forma, la olvidada península adquirió un papel central como trampolín a zonas costeras más atractivas; había que abrir el camino hasta San Diego, que Gálvez había proyectado. Y así, los frailes dominicos empezaron su camino desde San Fernando Velicatá, siguiendo la pauta del sistema jesuítico: buscando fuentes de agua cercanas, tierra cultivable adecuada, población suficiente para reducir y de ser posible, leña y pastos al alcance, para fundar misiones que facilitarían la comunicación con el norte.

Peeveril Meigs llama "Frontera" a la zona dominica desde Velicatá a San Diego que ya había sido explorada por jesuitas y franciscanos. Consag, de su exploración por mar en 1746 aportó una importante descripción de la costa y en su viaje por tierra, verificó la inutilidad de crear misiones en la región del Colorado. Buscó lugares para fundar misiones al norte y cerca del Pacífico pero volvió con la idea de que la región costera occidental ofrecía pocas posibilidades. Link en 1766, entró por primera vez a la sierra de San Pedro Mártir dando noticia de una zona habitable al norte del desierto de San Borja. (26)

Pero el conocimiento más importante de la Frontera se debía a las exploraciones franciscanas por las regiones costeras de occidente. Cuando los dominicos estaban listos para empezar a fundar sus misiones,

(26) Meigs. Ob. Cit. pp. 8, 9.

el trabajo exploratorio básico estaba hecho. Cinco de los nueve lugares de las misiones dominicas(27) coincidieron con los lugares indicados por los franciscanos (28).

Nuestra Señora del Rosario se ubicó en el lugar más apropiado en el camino al norte después de Velicatá. Fue descubierto en 1773, pocos meses después de la llegada de los dominicos a la península. El sitio, llamado Viñadaco por los indios, contaba con álamos, tule, carrizo e importantes reservas de agua. La misión se fundó en la segunda mitad del año 1774 y funcionó durante treinta años al cabo de los cuales fue abandonada, según parece, debido a que la fuente de agua sobre la que se fundó originalmente, se secó. En 1802 fue trasladada al lado opuesto del valle.

Santo Domingo se fundó alrededor de agosto de 1775, pero parece ser que pronto fue cambiada de su lugar original debido a la falta de agua. Fue la única misión de la Frontera, que tuvo mayores cosechas de trigo que de maíz. La pobreza del lugar provocó la dispersión de las actividades económicas; una capilla edificada al noroeste de la misión, se convirtió en una granja importante.

San Vicente Ferrer fue fundada en la segunda mitad del año de 1780, en un lugar con mucha agua, pastos y tierras aptas para el cultivo. Desde su fundación, funcionó como la capital de la Frontera. Su importancia radicó en su posición central que la convertía en un importante cruce de caminos, ideal para la dirección de la compañía presidial y des

(27) Dos de ellas fueron fundadas en el siglo XIX.

(28) Aunque aparentemente el conocimiento preexistente no fue usado por los dominicos. Meigs. Ob. Cit. p. 20.

de donde se podía enviar ayuda militar a cualquier punto de la Frontera en poco tiempo. El camino principal norte-sur se intersectaba con el que iba a Santa Catalina y que era importante porque se internaba a una zona con problemas de guerra con los indios. Hasta el siguiente siglo, el de Sta. Catalina constituyó el principio del camino al río Colorado. San Vicente era el punto de avanzada hacia futuros nuevos caminos hacia el noreste.

La hostil actitud de los indios retrasó durante siete años la expansión de la cadena misional. En 1781, los yumas destruyeron dos pueblos de misión fundados por los franciscanos en el río Colorado. A este hecho se sumó una epidemia de viruela que asoló en 1780 a San Fernando, en 1781 a Santo Domingo y en 1782 a El Rosario y San Vicente.

En marzo de 1787 se fundó San Miguel Arcángel, pero en 1788 la misión cambió de lugar debido a que se secó la fuente de agua. Estaba enclavada en la región más densamente poblada de toda el área dominica; era la más favorable para la vida indígena por ser la más húmeda de las regiones costeras y por lo tanto la más rica en alimentos no marinos. El clima húmedo permitió la cría de grandes rebaños.

Santo Tomás de Aquino se fundó en abril de 1791 para hacer menos largo el camino entre San Vicente y San Miguel. Si no se construyó antes que San Miguel fue por problemas de desacuerdo para elegir el lugar adecuado. Con esta misión, se completó la línea de comunicación entre la Vieja y la Nueva Californias, que se proyectaba desde hacía veinte años. Santo Tomás también fue reubicada debido a la insalubridad del lugar por el exceso de agua; en 1794 se trasladó al lugar en el que ha permanecido desde entonces. En las montañas costeras entre San Vicente y Santo Tomás, el clima es menos árido y por lo tanto hay mejores pastos;

de ahí que esta última misión tuviera mayores rebaños que cualquiera de las otras misiones situadas al sur.

Después de quedar asegurado el camino entre las dos Californias, en abril de 1794 se fundó la misión de San Pedro Mártir, aparentemente con el único fin de reducir a los gentiles de la sierra y de las orillas del Golfo; pero también respondía al proyecto de crear un camino terrestre hacia el río Colorado. La misión fue reubicada para evitar los fuertes fríos del lugar original. Fue la primera misión dominica en desaparecer (entre 1805 y 1824), probablemente por ser la menos vital del sistema misional, ya que inclusive el camino al este desde la costa Pacífica, era más fácil por la misión de Santa Catalina.

En octubre de 1795 una expedición que partió de San Vicente, se internó en la sierra de Juárez para buscar lugares adecuados donde fundar una misión que, con la de San Pedro Mártir, iría completando el camino por la sierra rumbo al Colorado. Santa Catalina Virgen y Mártir fue fundada oficialmente en noviembre de 1797, con grandes precauciones por los ataques de los indios que en esa región se mostraban más hostiles y después de otras expediciones de reconocimiento.(29) Se escogió un lugar con agua suficiente y constante, clima frío, bosques de pinos cercanos y numerosos indios. La misión tenía características de fuerte por estar expuesta a la belicosidad indígena. Fue la única misión dominica que no se ubicó en un valle y la última que se fundó de todas las que habían sido previstas.(30)

(29) Expediciones del gobernador Arrillaga en 1796. Meigs. Ob. Cit. pp. 34, 35.

(30) Idem. y Engelhardt. Ob. Cit.

De ambas Californias, las misiones dominicas fueron las más pequeñas y pobres. Su producción agrícola y ganadera, toda junta, era menor que la de una sola misión de la Alta California y variaba poco de la del resto de la península. Las misiones eran apenas autosuficientes y solo recibían del exterior la ayuda del Fondo Piadoso.

En cada misión había alrededor de 200 acres de tierra irrigada; se cultivaban maíz, trigo, cebada y algunos frijoles, uvas, otras frutas y hortalizas. Se producía vino.(31) Las mayores cosechas se daban en el sur de la zona de Frontera, de clima más seco, y los mayores rebaños en el norte más húmedo; y ello porque la agricultura se llevaba a cabo con métodos de irrigación de la tierra, mientras que los pastos dependían directamente de la humedad del clima. La ganadería no solo abastecía de comida a las misiones, sino también de materia prima para las dos principales manufacturas de las misiones: cuero y telas de lana. Los rebaños eran de ganado vacuno, de ovejas, cabras, caballos, mulas, burros y algunos puercos.

En la bahía de San Quintín se obtenía sal para abastecer a las misiones y se hizo muy importante la caza de nutrias, aunque en mayor o menor medida el animal se cazaba en todas las misiones costeras. Esa actividad representaba un ingreso importante que contribuía al mantenimiento de las tropas. De la venta de las nutrias se beneficiaba sobre todo la misión de Santo Domingo, pero también se cazaban en convenio con rusos y otros extranjeros y lo que se obtenía iba al fondo general administrativo de la Frontera.(32)

(31) Meigs. Ob. Cit. p. 143.

(32) Idem. p. 145.

Las misiones eran esencialmente autosuficientes y por lo tanto el movimiento de productos se daba dentro de la limitada zona de cada misión. La circulación era mayor cuando se fundaba algún establecimiento nuevo o, en caso de que las cosechas se arruinaran, cuando se ayudaban unas a otras. Se exportaban algunos productos como cuero, pieles de nutria y vino a San Diego, pero todo hace suponer que las tropas eran quienes más usaban los caminos entre las misiones.

Había dos caminos que atravesaban la Frontera en forma más o menos paralela a la costa: el camino del Pacífico que era el más usado y que conectaba a las cinco misiones originales y el camino de la sierra, que tocaba solamente dos misiones dominicas (San Pedro Mártir y Santa Catalina). Era poco usado. A lo largo de ambas rutas había lugares con agua, convenientemente distribuidos para facilitar los campamentos. Los caminos se intersectaban en los límites de la Frontera, en la misión de San Fernando Velicatá al sur y en las cercanías de la actual Tijuana, al norte. Más importantes que el camino de la sierra, eran los que conectaban el interior de la península con la costa del Pacífico. Seguían los valles formados por los arroyos y eran dos los más vitales: uno de San Vicente a Santa Catalina y otro de San Pedro Mártir a Santo Domingo. Alrededor de cada misión existía un sistema radial de pequeños caminos que iban a las rancherías indígenas. (33)

Cada misión de la región dominica tuvo una vida de alrededor de cincuenta años. Los primeros eran de crecimiento, pero al igual que en las misiones jesuíticas, declinaban sobre todo cuando la población indígena disminuía. Afirma Peveril Meigs, que la población de las misio-

(33) Idem.

nes era en promedio de 250 personas; el resto de los indios vivía en sus rancherías.

Los indios californios se fueron extinguiendo en el siglo XVIII, sobre todo víctimas de epidemias infecciosas. Se ha calculado que en el cierre del siglo, la población de la península sumaba en total, aproximadamente 4 500 personas, de 40 000 que eran a la llegada de los jesuitas.

(34)

CUADRO 1

Año	Habitantes indígenas en Baja California
1697	41 500
1728	30 500
1742	25 000
1762	10 000
1768	7 149

Fuente: Cook, Sherburne F., en Del Río, Ignacio. Conquista y Aculturación en la California Jesuítica 1697-1768. p. 225.

En 1833 todas las misiones fueron secularizadas por orden del gobierno federal de la nueva nación independiente y aunque el régimen misional tardó todavía un tiempo en desintegrarse, el sistema tocaba a su fin.

(34) Del Río. 1984. Conquista y aculturación... p. 30.

IV. CONCLUSIONES: LOS FACTORES CLAVE EN LA OCUPACION TERRITORIAL DE BAJA CALIFORNIA

El estudio de la ocupación que gente extranjera hizo del territorio bajacaliforniano a lo largo del siglo XVIII, hace manifiesta la presencia de varios factores que determinaron la estructura y el avance de la ocupación sobre el suelo peninsular. Sin embargo, analizarlos individualmente es difícil. Desligados unos de otros perderían significación y es que la organización de un espacio es el resultado de la articulación de procesos naturales y sociales que no tienen sentido como variables independientes. A continuación, han de analizarse algunos de esos factores que conjugados definieron la fisonomía de la Baja California durante el Siglo de las Luces.

Estructura del sistema misional.

Al hablar de elementos decisivos para comprender la organización de un espacio determinado, parece obligado mencionar en primer lugar, el papel del medio natural, no porque se esgrima un criterio de determinismo geográfico, sino porque se trata del escenario en que se desarrolla la acción humana y que nunca asume un papel pasivo. En el caso de la Baja California, la falta de agua y la escasez de suelo fértil han de ser la clave para entender la forma en que otros elementos plasmaron sus características en la estructura del patrón de ocupación del territorio.

Antes de fundar un establecimiento, los misioneros de las tres

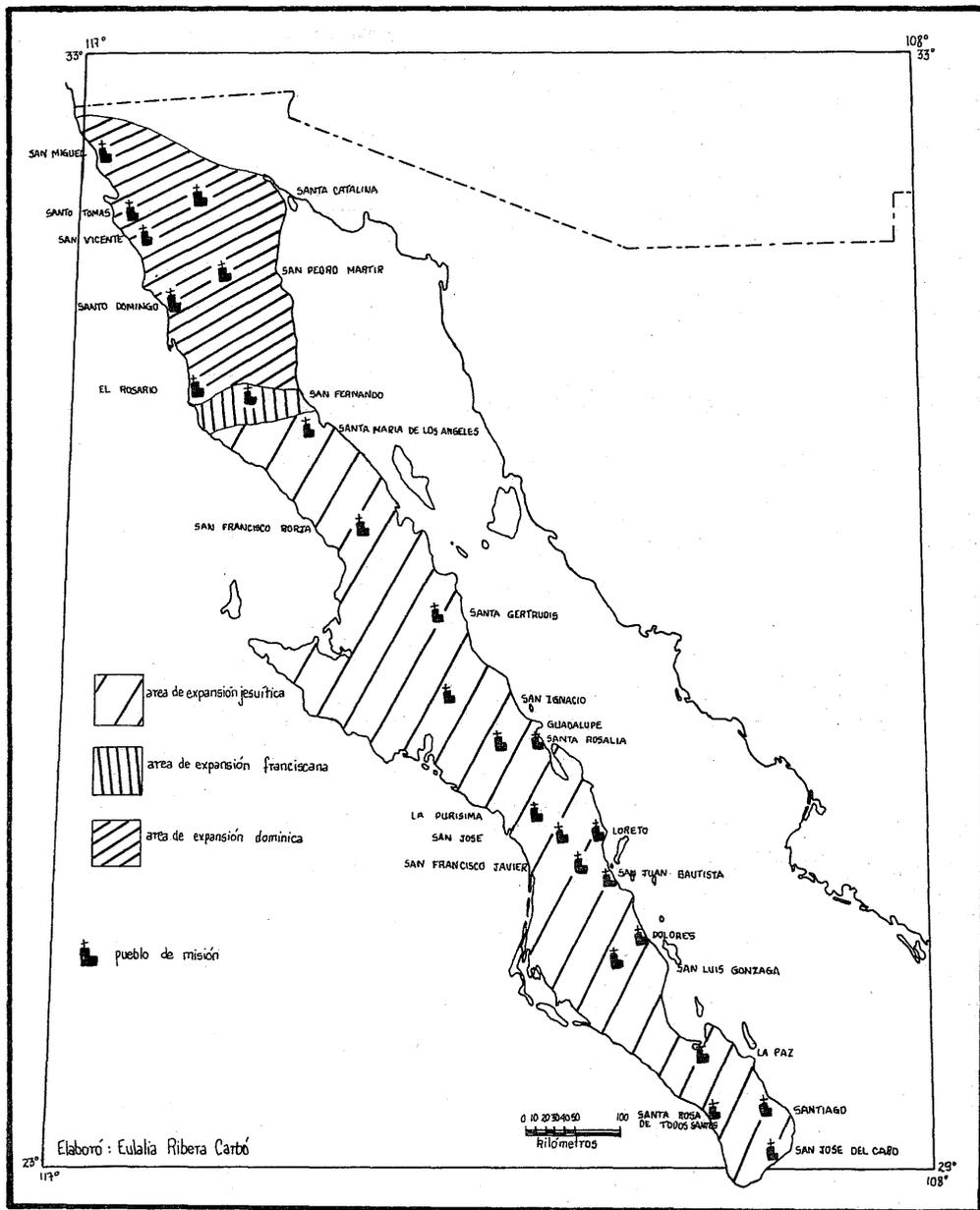
órdenes que trabajaron en Baja California (mapa 5) buscaban ríos o manantiales y suelo adecuado para la agricultura. Todos los pueblos de misión se fundaron en sitios que cumplían esas características aunque fuera en el mínimo necesario y cuando la producción en la misión era demasiado pobre, se buscaban tierras más lejanas y la misión se ramificaba en los pueblos de visita que ya fueron descritos. En las visitas nunca proliferó una estructura urbana y un restringido uso del suelo agrícola y algún edificio de adobe eran, en algunos casos, los únicos testigos de la presencia misionera en California.

La reubicación a pocos kilómetros de distancia de los centros misionales después de su fundación, fue un fenómeno constante que se debía, en la mayoría de los casos, al agotamiento de las fuentes de agua en los oasis ocupados. Nuestra Señora del Pilar, inclusive, fue totalmente abandonada en 1748 por la escasez de agua.

Pero más que la ubicación de las misiones a lo largo del territorio peninsular, la falta de agua y suelo fértil fue importante para la estructura general de la ocupación misionera. Si bien la influencia de los establecimientos misionales se dejó sentir con una considerable continuidad espacial en Baja California, las limitantes impuestas por el estéril medio ambiente impedían al sistema extenderse en un mayor número de cabeceras misionales y cumplir con una función integradora que permitiera asentar a los indígenas definitivamente en pueblos y extender la ocupación sedentaria en la península. Las raquílicas cosechas y la irregularidad de los abastecimientos externos imposibilitaban a la misión para sostener a un número elevado de personas y los indios neófitos solo podían visitarla unos cuantos días en grupos alternados.

Puede afirmarse que en la Baja California del siglo XVIII, no

MAPA 5. ÁREAS DE EXPANSIÓN DE LAS TRES ORDENES MISIONERAS



se logró la sedentarización plena de la población nativa más que en casos restringidos de grupos muy disminuidos por las epidemias. Y es que los californios no lograban trasponer los límites del nomadismo cuando el medio ambiente no les ofrecía alternativas para la sedentarización a la que el nuevo orden cultural les empujaba. La imposibilidad de expansión agrícola no les permitía prescindir de su ancestral economía de apropiación para sobrevivir.

Tampoco fue posible que, como en el resto de la Nueva España, las misiones atrajeran a agricultores y ganaderos que expandieran la labor iniciada por los religiosos. Ciertamente es que la jurisdicción jesuítica tenía estrictamente limitada la entrada de colonizadores laicos a Baja California, pero cuando Gálvez aplicó sus reformas en 1768 y dió puertas abiertas a su colonización, los desiertos californianos tampoco atrajeron a nuevos pobladores y la estructura de la ocupación poco varió. La tierra daba escasos frutos, el abastecimiento del exterior seguía siendo necesario y por lo tanto, el desarrollo económico que podía alcanzar la península no hubiera sido suficiente para sostener una densidad de población mayor.

Cuando los jesuitas atracaron en las costas de Baja California en 1697, llegaron a una tierra que no estaba vacía. En ella vivían grupos humanos con culturas que se habían mantenido hasta entonces prácticamente al margen de influencias externas. La población aborigen de la península tenía un modo de vida de relativa simplicidad que le había permitido asegurar la sobrevivencia y que perdió su equilibrio cuando el nuevo sistema cultural traído por los misioneros se fue imponiendo. Aunque los nativos no se mostraron hostiles con los extranjeros, sí se produjeron situaciones de tensión y violencia, que en parte se debieron al impulso depredatorio de los indios atraídos por los alimentos, pero que en

general eran la respuesta a una agresión cultural que afectaba su modo tradicional de vida.

Sin embargo, las revueltas indígenas, inclusive la de 1734 que fue la de mayor magnitud, no fueron lo suficientemente significativas como para determinar una ocupación espacial distinta. Apenas obligaron a instalar un presidio en Cabo San Lucas, a cambiar de lugar a la misión de Santiago que era constantemente agredida por indios de las islas cercanas, a fundar la misión de Dolores con la intención de cubrir un área muy agitada y a darle a la misión de Santa Catalina el carácter de fuerte. Pero el esqueleto del sistema misional no se alteró.

Cuando se fundaba una misión, generalmente era en una zona con un número considerable de población que catequizar, pero a lo largo del siglo XVIII el gran descenso demográfico de la península puso en entredicho la existencia de muchas misiones cuyo trabajo de conversión religiosa perdía sentido; y como la expansión misionera no se había seguido de una colonización civil que continuara el trabajo agrícola y ganadero, al declinar la población nativa declinaba la vida de los núcleos de población sedentaria en Baja California.

El proceso de extinción de los californios que se desató en el siglo XVIII con la llegada de los españoles, es atribuido por la mayoría de los autores a las enfermedades llevadas por los colonizadores a la península, que desataron graves epidemias entre los indios. Sin embargo, Ignacio del Río sostiene que, aunado a las epidemias, intervino el desajuste que la ocupación misional provocó en el modo de vida de los indígenas. El nuevo orden pretendía que los indios se sedentarizaran y asimularan la cultura de las misiones, pero era incapaz de ofrecerles alternativas de subsistencia. Debilitaba sus tradiciones culturales de caza-

dores-recolectores y con ellas su capacidad para sobrevivir y a cambio no les daba estímulos suficientes para apartarse de la vida nómada; los limitantes que el medio imponía a la expansión agrícola no lo permitían.

(1)

El análisis de la ocupación territorial de Baja California en el siglo XVIII no puede pasar por alto la estructura y la importancia que tuvo la misión como institución; más aún cuando la colonización de la península tuvo un carácter exclusivamente misionero, al menos hasta entrada la segunda mitad del siglo.

La misión, que está definida por su función esencialmente evangelizadora, implica no solo la organización social necesaria para ordenar su trabajo, sino su materialización en el espacio en el que se asienta la comunidad misional y donde crece un pueblo que propicia la evangelización.

Las misiones no solo deben entenderse como instituciones en función de sus fines relativos al trabajo religioso, sino como complejas realidades económicas que definieron su papel como ordenador del territorio. Fue la misión, la institución hegemónica que dió sentido a las demás y la que permitió la entrada y la permanencia de núcleos coloniales en la península. El propósito de los misioneros no era la extracción de recursos naturales para comercializarlos en el exterior, sino introducir, antes que cualquier otra actividad productiva, los cultivos agrícolas y lo pecuario para sostener los establecimientos misionales. Y de esa forma, Baja California fue ocupada por pequeñas unidades económicas agrop-

(1) Del Rfo. 1984. Conquista y Aculturación...

cuarias con sencillas obras hidráulicas, que intentaban ser autosuficientes para suplir la lejanía de los centros de abastecimiento y que resentían los rigores del aislamiento en un suelo poco generoso.

Así como la expansión agrícola formó parte muy precisa del cambio en el uso del suelo bajacaliforniano, el caso de la ganadería fue especial. La restringida extensión de pastos en la península hacía muy difícil sostener ranchos que mantuvieran al ganado concentrado y los animales tenían que pastar libremente en los territorios entre las misiones y ser cazados cuando hacía falta. Por ello, aunque la ganadería fue una de las actividades económicas más importantes para el sostenimiento de la colonia, no ocupó áreas bien definidas con excepción de algunos ranchos ganaderos que se organizaron en el sur en función del desarrollo de la actividad minera.

Hasta antes del reformismo borbónico, la utopía del proyecto jesuítico para Baja California, de crear una sociedad en la que se impusieran las instancias de carácter espiritual y en la que el trabajo humano y la explotación de la naturaleza debían ser un medio y no un fin, fue compatible con los proyectos que el estado abrigaba para la península. Aunque no le bastaba la evangelización de los indios, la cristianización contribuía a legitimar la ocupación de Baja California y al mismo tiempo se lograban ventajas de carácter defensivo y los misioneros se encargaban de preparar a la tierra y a sus hombres para una provechosa explotación económica.

Hubo algunos conflictos con miembros de la tropa que no estaban de acuerdo con prohibiciones como la de buscar perlas y comerciar con ellas, pero en general, los misioneros pudieron imponer su línea de ac-

ción al resto del grupo conquistador. En virtud de que contaban con la autoridad jurídica y tenían en sus manos el control de los recursos materiales para la colonización, no se produjeron los conflictos que entre los religiosos y los colonos se habían dado y habían obstaculizado los trabajos misionales en la parte continental.(2)

Pero las ideas modernas del liberalismo económico que se expresaban a través de la nueva dinastía borbónica, exigían mayores rentas y beneficios económicos para el estado español. La burguesía alcanzaba un notable poder durante la segunda mitad del siglo XVIII, los circuitos comerciales se ampliaban a impulso de las ambiciones de las grandes potencias y englobaban a grupos humanos que vivían y producían bajo los más diversos modos de producción precapitalista. Las formas de intercambio convenientes a los países con un mayor grado de desarrollo mercantil se imponían sobre las viejas modalidades del intercambio. Inglaterra, Francia y Holanda iban a la cabeza de un sistema económico que dejaba a la zaga al resto de los países europeos, el Imperio español entre ellos. De no impulsarse una serie de medidas tendientes a obtener el máximo aprovechamiento de los recursos naturales y humanos del extenso territorio sometido a la corona española, aquellos seguirían siendo usufructuados, como en buena medida ya lo habían sido, por los países que encabezaban el cambio y la modernidad.

Era necesario emprender una transformación de la vieja estructura feudal implementada desde el siglo XVI y suprimir aquellas instancias de poder y aquellas instituciones que representaran un obstáculo entre el proyecto mercantilista burgués y la lógica de la ganancia y su

(2) Idem. p. 76.

realización práctica. Uno de sus escenarios particulares fue Baja California y uno de los enemigos a vencer fueron las misiones.

José de Gálvez llegó a la provincia para reorganizarla y hacer de ella una región productiva que rindiera beneficios al real erario. Para su mente práctica, el sistema jesuítico había fracasado rotundamente desde el momento que no había logrado hacer del indio un sujeto económicamente productivo y las misiones se habían convertido en una carga para la corona porque no respondían a sus expectativas de productividad. Había que favorecer la colonización civil e impulsar a la minería como únicas posibilidades de ampliar el sistema fiscal de la península. Los intereses del grupo minero serían, a partir de entonces, los que tendrían una mayor posibilidad de conciliación con los del estado.

De las reformas que Gálvez aplicó a la Baja California, ya se habló en el capítulo anterior y de ellas también se dijo que habían sido ineficaces. Ineficaces, porque no cumplieron con los objetivos por los que habían sido diseñadas. La productividad de la península no solo no aumentó, sino que además las misiones, que eran los únicos sitios en que algún producto se obtenía de la tierra, eran cada vez más decadentes. La extinción de la población que no había logrado ser sedentarizada, la falta de recursos naturales y económicos que imposibilitaba a las misiones para ser unidades productivas capaces de lograr una integración económica, la falta de embarcaciones y la necesidad de abastecerse del exterior, no permitían que las cosas cambiaran de rumbo. Y la minería, que tuvo una importancia local, después de la visita de Gálvez, tampoco pudo salvarse de quedar estancada como una economía de subsistencia.(3) Aunque

(3) Su rendimiento no compensaba lo caro que resultaba abastecerse de lo indispensable desde el exterior.

propició un mayor desarrollo económico en el sur de la península, no imprimió modificaciones significativas en la estructura territorial.

Las reformas de Gálvez limitaron las funciones de las misiones, haciéndoles perder su papel hegemónico en el ámbito peninsular, pero no lograron que una colonización de tipo civil llevara a cabo la labor agrícola y ganadera capaz de crear un sistema económico integrado. Había primero que asentar a la población indígena en un paisaje que no ofrecía vías de subsistencia. El orden jurídico y administrativo de California cambió, pero no así el patrón de ocupación del espacio: un poblamiento poco concentrado, a base de aislados pueblos de pocas construcciones y circundados por un limitado espacio dedicado a las actividades agropecuarias. Una ocupación discontinua, sin posibilidades de cambiar en un ambiente casi insular y limitado al desarrollo tecnológico de la época.

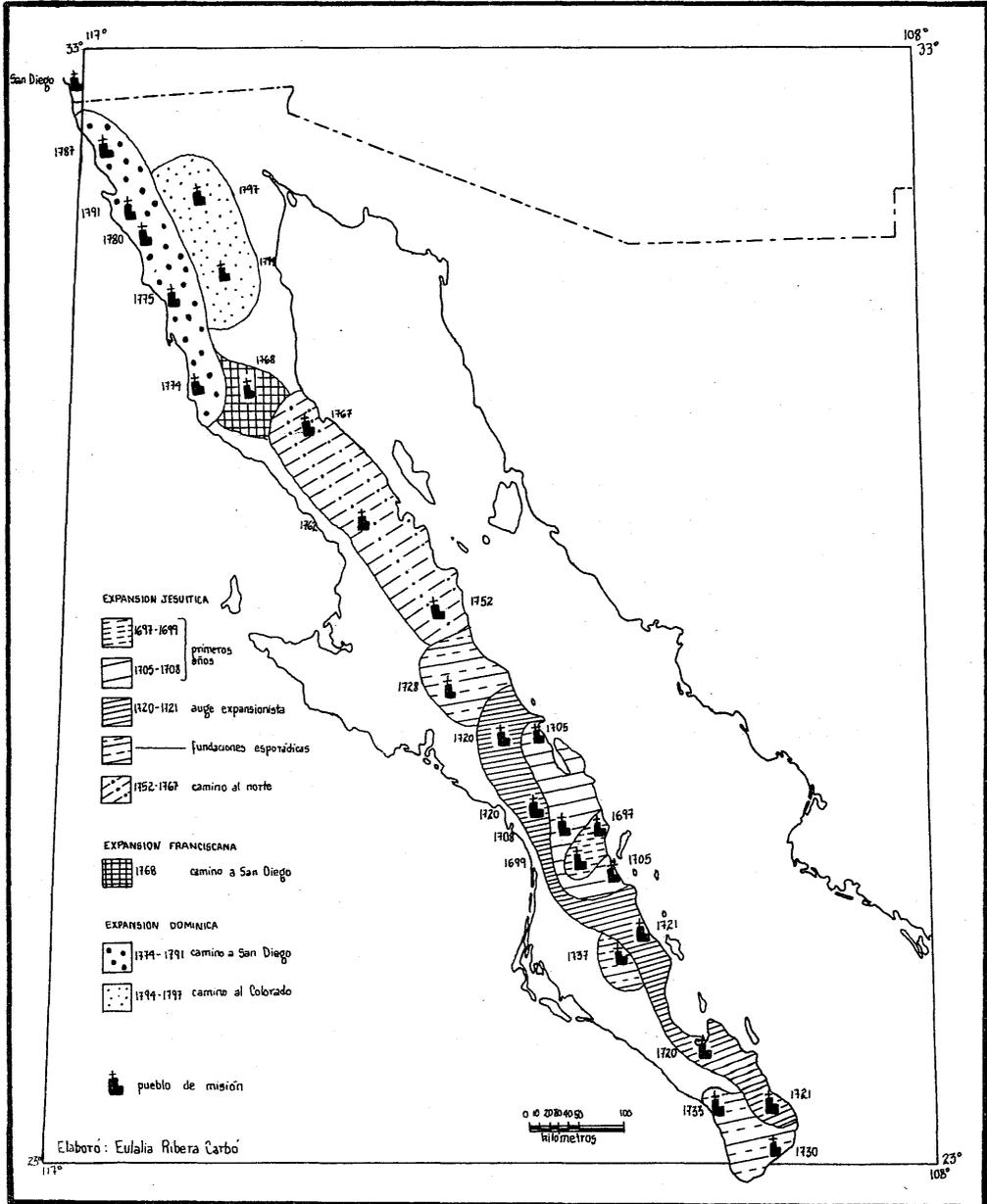
No es posible hacer una regionalización económica de la ocupación territorial de la Baja California en el siglo XVIII, en vista de que el sistema misional, que no evolucionó cabalmente en una ocupación de carácter civil, nunca logró un desarrollo económico integrado y diferenciado de una región a otra. Podría tal vez hablarse de dos subregiones en el marco general de la península: el norte, que no participaba de la actividad minera y por lo tanto no estaba atendido a sus altibajos, que se basaba en una economía de autoconsumo que muchas veces no era suficiente ni para sostener a la población indígena asentada en los pueblos y con pocas posibilidades de cambio, y el sur con condiciones más favorables para el desarrollo agropecuario, en que las actividades mineras lograron integrarse a las de las misiones y en donde del desarrollo pecuario surgió la propiedad privada rural y poco a poco se generalizó el trabajo libre asalariado.

Avance de la ocupación.

Desde que Salvatierra y sus hombres se instalaron en Loreto en 1697, empezaron el trabajo de reconocimiento del territorio con el afán de extender cuanto antes el sistema misional que estaba naciendo; pero para hacer el camino hacia el interior de las tierras peninsulares no bastaban mucho trabajo y grandes esfuerzos; el avance estaría condicionado, al igual que la estructura que adquiriría la ocupación territorial, por diversos factores como eran el medio natural, la resistencia de los grupos humanos autóctonos, el desarrollo económico que apoyaría a la empresa, la dificultad para el abastecimiento de las fundaciones y los intereses geopolíticos del estado.

Y nuevamente habrá que insistir en la esterilidad del paisaje, que obligó a la colonia a quedar supeditada al abastecimiento de origen externo con un serio agravante: la peninsularidad de Baja California, que unida al continente en regiones de infranqueables desiertos e indígenas hostiles, estaba además ubicada frente a costas lejanas de los principales centros económicos de la Nueva España.

Durante los primeros años, el esfuerzo de los conquistadores apenas permitió a la incipiente colonia mantenerse viva, pero cuando la comunicación marítima se hizo más regular, se dispuso de operarios religiosos y se logró cierta estabilidad en Loreto y San Francisco Javier, el sistema pudo crecer un poco y se fundaron Santa Rosalía, San Juan Malibat y San José de Comondú. (mapa 6) Después, la colonia entraría en un letargo del que despertaría más de una década después y que una vez más era consecuencia de la accidentada llegada de recursos desde México y del lento y limitado crecimiento económico de las misiones fundadas, que además tenían que soportar desastres naturales como las lluvias torrenciales



y los huracanes que destruyeron sus cosechas y obras hidráulicas.(4)

El paso del tiempo y el trabajo exhaustivo de los misioneros por arrancarle a la tierra frutos que no tenía, lograron un cierto desarrollo económico que, junto con nuevas donaciones al Fondo Piadoso y la llegada de más religiosos, permitieron el que fuera, por la extensión de territorio que cubrió en apenas dos años, el crecimiento más importante de la ocupación: cinco nuevas misiones que abarcaron un gran trecho del camino hacia el sur (Dolores, La Paz y Santiago) y otro tanto al norte de Loreto (La Purísima y Guadalupe), fundadas todas entre 1720 y 1721. Pero el avance no podía ser continuo, el sistema daba de sí y después necesitaba tiempo para que los establecimientos recién fundados se desarrollaran y pudieran ofrecer ayuda material para nuevas expansiones.

En 1722 y 1723, brotaron epidemias de peste entre la población y terribles plagas de langosta acabaron con los cultivos de las misiones creando graves problemas a la colonia; además, la entrada misionera en el sur de la península con las misiones de La Paz y Santiago, estimulaba la belicosidad de los indígenas de aquellas regiones.

La cultura de todos los grupos peninsulares tenía un carácter homogéneo en cuanto a su estructura básica, por lo que es de suponer, que las diferencias de comportamiento frente al grupo colonizador eran resultado de distintas experiencias históricas; y como ya se había comentado en otro punto de este trabajo, los grupos guaycuras al este y al sur de la bahía de La Paz fueron los que opusieron una mayor resistencia a la in

(4) Engelhardt menciona los devastadores huracanes que en el otoño de 1717 azotaron la península causando grandes destrozos. Ob. Cit. pp. 166, 167.

tegración. No casualmente eran los que habían tenido contactos violentos con forasteros antes de que se fundara en su región una misión: la matanza de Atondo y las agresiones por parte de pescadores de perlas que visitaban las costas.

En 1730 se fundó la misión de San José del Cabo y en 1733 Santa Rosa de Todos Santos. Seguramente su presencia acabó por desatar la rebeldía de los guaycura que protagonizaron los acontecimientos de 1734 de los que ya se ha hablado.

¿Tuvieron aquellos hechos violentos repercusiones significativas en el proceso de ocupación de la Baja California?

Todos los brotes de rebeldía en la península y muy significativamente los de 1734, frenaron la expansión misionera; sin embargo, no modificaron el patrón de poblamiento. Las misiones del sur quedaron destruidas, pero después de la reconquista, que tardó unos cuantos años en acabar con la inquietud indígena, los mismos pueblos fueron ocupados y se reemprendieron los trabajos agrícolas y ganaderos en las tierras abandonadas. No hizo falta más que incrementar el número de personal militar y fundar un presidio en Cabo San Lucas.

Sin embargo, la tarea de reconstrucción implicó un duro golpe para el sistema, porque muchos esfuerzos tuvieron que ser canalizados en ayuda del sur y la expansión por otras latitudes se estancó por muchos años. El avance hacia el norte se retrasó y es que además de los hechos surianos y las terribles epidemias que azotaron a aquellas convulsionadas regiones, en el camino se interponían los desiertos centrales de Baja California.

Todas esas circunstancias determinaron que, después de la fun-

dación de San Luis Gonzaga en 1737, pasaran quince años antes de que la cadena de misiones pudiera crecer y que hasta el momento de su expulsión los jesuitas sólo fundaran tres establecimientos nuevos en el camino al norte. Además, conforme aumentaba el número de fundaciones, las provisiones que llegaban de la contracosta resultaban cada vez más insuficientes y el abastecimiento se hacía más lento por la lejanía respecto de Loreto. La carga entraba por ahí y tenía que ser distribuida a todas las fundaciones a lo largo de la península. Algunas misiones tenían que ser temporalmente abandonadas cuando las cosechas no eran suficientes y el abastecimiento de México o la ayuda de otras misiones no llegaba a tiempo. Los caballos llevados por los jesuitas desde fechas muy tempranas fueron un factor que contribuyó al proceso de avanzada por territorio californiano, acortando distancias y facilitando la comunicación en un sistema en que los núcleos de población inevitablemente permanecían muy aislados. (mapa ?)

La expulsión de la Compañía de Jesús fue un hecho de repercusiones importantes en todas las regiones de la Nueva España en que los padres ignacianos desempeñaban su labor religiosa y la Baja California no sería una excepción. No podía serlo si se piensa que la ocupación de la península había sido labor exclusiva de aquellos misioneros. Sin embargo, la salida de los jesuitas tampoco implicó cambios fundamentales en los patrones de poblamiento. Los franciscanos y los dominicos continuaron su labor bajo el mismo sistema y ni las reformas de Gálvez fueron capaces de modificarlo. La cuestión ya ha sido analizada.

Pero en los mismos momentos de la expulsión y de las reformas galveccianas, los intereses geopolíticos del estado por Baja California cambiaban radicalmente y ello sí tendría una clara manifestación espacial.

Inglaterra, vencedora en la guerra de los siete años, se acercaba por tierra a las provincias del septentrión novohispano y al mismo tiempo el gobierno español recibía noticias de las navegaciones de navíos rusos e ingleses por las costas pacíficas del norte, que consideraba suyas. Era urgente formar una colonia sólida al norte de Baja California que protegiera aquellos territorios de incursiones extranjeras. Y como el camino por tierra era casi imposible y por mar era costoso y arriesgado, había que aprovechar la península como vía segura. Pero al norte de la última fundación jesuítica, que era Santa María de los Angeles, el territorio hasta la Alta California todavía no había sido ocupado y apenas había sido explorado. Los franciscanos fundaron San Fernando Velicatá e hicieron importantes reconocimientos del camino hasta el puerto de San Diego, pero la gravísima situación en que había caído todo el sistema misional no les permitió seguir adelante. La apertura del camino fue labor de los dominicos y, como el interés gubernamental era precisamente una ruta fácil a la Nueva California, la zona que aprovecharon los dominicos para establecer su cadena de misiones fue la de las planicies costeras del Pacífico que facilitaba la apertura de un camino nortesur y donde afortunadamente existían fuentes de agua y se encontraba la mayor densidad de población indígena.

Las dos misiones en la sierra de San Pedro Mártir (San Pedro Mártir y Santa Catalina), también se fundaron detrás de claros intereses geopolíticos: abrir un camino hacia el río Colorado para facilitar la llegada a la Alta California desde Sonora.

Es posible afirmar entonces, que todo el proceso de ocupación territorial de la Baja California, desde la llegada de los jesuitas hasta que los dominicos concluyeron el camino hasta San Diego, estuvo marcado por los intereses geopolíticos del estado español. Las circunstancias

históricas mundiales determinaron que no fueran siempre los mismos, ni igualmente apremiantes a lo largo del siglo XVIII, por lo tanto tampoco su manifestación espacial fue pareja. Durante el período jesuítico, la ocupación de Baja California tenía que proteger la ruta del galeón de Filipinas en su tornaviaje a Acapulco y, sin embargo, nunca fue posible establecer centros de población que sirvieran de apoyo en las costas occidentales de la península dada la ausencia casi absoluta de agua y suelo para sostenerlos. El extremo del sur y en particular la misión de San José del Cabo, fue el sustituto de todos los puertos que se esperaba ocupar en el litoral pacífico. Y como aparte del buscado puerto, no había otras exigencias inaplazables, la ocupación de los jesuitas no tuvo restricciones en lo que al relieve se refiere; mientras hubiera agua, suelo e indígenas para catequizar, cualquier lugar era adecuado para fundar pueblos de misión. Si los jesuitas no avanzaron por las llanuras del occidente californiano fue porque los desiertos no lo permitieron.

En cambio, la ocupación dominica respondía a otros intereses y por lo tanto se circunscribía a otras exigencias. El agua y el suelo seguían siendo básicos, pero como había que abrir un camino que agiliza-
ra la comunicación y la circulación de hombres y abastecimientos, era fundamental seguir una topografía poco accidentada, para lo que resulta-
ba ideal la planicie costera.

El camino hasta San Diego cerró el proceso de avance coloniza-
dor en la península iniciado por los jesuitas y ésta se convertía en la
vía de acceso a la Alta California, nuevo centro de interés geopolítico
de la corona.

Consideraciones finales.

Al finalizar el siglo XVIII, estaba prácticamente concluida la conquista del territorio bajacaliforniano y terminaba una empresa que había fracasado en todas sus expediciones desde que Cortés tuvo noticia de aquellas tierras. Las dificultades que habían malogrado los intentos prejesuíticos de colonización, ayudaron a los misioneros, si no a crear un mundo próspero y floreciente, a asegurar una ocupación permanente en la península que modificó la organización y la vida de los hombres californianos y su medio ambiente.

El aislamiento de la península, que dió a los jesuitas la oportunidad de desarrollar un sistema al margen de la autoridad gubernamental y controlar las comunicaciones con el continente, se combinó con los pocos atractivos de la provincia para frenar la llegada desproporcionada de pobladores civiles que el sistema, por la insuficiencia de la producción agropecuaria local, no hubiera podido sostener. Y Baja California se fue organizando por la interacción de factores muy diversos, ya analizados y determinantes en la estructura del patrón de asentamiento y ocupación del territorio, que ante la escasez de suelo fértil y agua, no pudo tener continuidad espacial. Donde la expansión agrícola no fue posible, tampoco pudo desarrollarse la sociedad sedentaria.

La ordenación de un territorio siempre es el reflejo de la estructura de las relaciones sociales y económicas de la sociedad que lo ocupa. Durante el siglo XVIII, la larga y estrecha península del occidente novohispano vió surgir sobre su suelo una forma distinta de relación entre los hombres que, por no ser excepción, se materializó en una nueva organización del espacio, exigente con una tierra que hasta entonces había sostenido a sus hijos sin dar más que lo que la naturaleza le había otorgado.

APENDICE

Es interesante incluir aquí un brevísimo resumen de un documento firmado por fray Francisco Palou, con fecha del 12 de febrero de 1772, en el que hace un reporte de la historia, la localización y la estructura de cada una de las misiones bajacalifornianas y que puede resultar ilustrativo del estado en que se encontraban aquellas al final del período franciscano en la península.

San José del Cabo. Provee junto con la misión de Santiago al galeón de Filipinas. Gálvez la redujo a pueblo de visita de Santiago.

Santiago de los Coras. En octubre de 1768, recibió a la población enferma de gálico de la misión de Todos Santos. En 1769 se secularizó y en 1770 era gobernada por un mayordomo escogido por el gobernador de la península. Tiene graves problemas de subsistencia.

Todos Santos. Cuenta con agua y suelo abundantes. Gálvez la repobló con la gente de San Luis Gonzaga. La deserción de los indígenas y la poca población han hecho que esté a punto de desaparecer.

Pueblo de Santa Ana. Las minas son pobres y más que beneficios causan gastos.

San Francisco Javier. Al norte hay un manantial importante y existe un canal para transportar el agua a la misión donde se colecta en

dos recipientes para irrigar pequeños pedazos de tierra rodeados de una barda. Hay pequeños viñedos, hay olivos, higos, guayabas y otras frutas. Al sur hay tierras que se cultivan cuando las lluvias son suficientes. Tiene tres pueblos de visita: Nuestra Señora de los Dolores, Santa Rosalía y San Javier el Viejo. En dos de ellos hay algunas chozas que no pasan de cuatro y cuando no las hay, las sombras de los arbustos están rodeadas de rocas o ramas. Gálvez trasladó gente de las visitas a San José del Cabo y Loreto. San Javier tiene un rancho en el que se cría un ganado raquíptico; un alto porcentaje muere por falta de pastos. La plaga de langosta la hubiera hecho desaparecer si no se hubieran obtenido provisiones del almacén real. El grano se compra con la venta de la uva. La misión está ubicada sobre el camino más miserable a Loreto. La sierra no le permite tener un camino directo del Pacífico al Golfo.

Nuestra Señora de Loreto y el Real Presidio. La misión se encuentra en una planicie bastante amplia que por su escasez de agua y lluvia no puede ser cultivada, pero tiene pozos que la abastecen de la necesaria para mantener al pueblo. Cuenta con ganado que pastura disperso y que representa el único medio de subsistencia y vestido. El ganado llega casi hasta Santa Rosalía.

Enfrente del pueblo, constituido por la misión, el colegio y el presidio, está el suburbio de los marineros del rey.

San José de Comondú. De un pozo se lleva agua por un canal hasta las tierras de labor. Se cultivan viñas, olivos, higos, granadas y caña de la que se obtiene azúcar para vender. Las cosechas de maíz y trigo son buenas. Se cultiva suficiente algodón para confeccionar ropa. No tiene pueblos de visita por lo que todos los indios se concentran en la

misión. Cuenta con ganado cimarrón.

Purísima Concepción de Cadegomó. Tampoco tiene pueblos de visita. Tiene suficiente agua; la tierra es irrigada con el agua de una represa de tamaño considerable. Se cultivan viñas y árboles frutales. El ganado es cimarrón.

Nuestra Señora de Guadalupe. Queda poca gente ya que Gálvez trasladó a la mayoría a San José y La Purísima. No tiene pueblos de visita. Se cultiva poco con el agua que se colecta en una presa. El agua de algunos manantiales se guarda en una artesa de madera para regar hortalizas y árboles frutales. Las viñas no prosperan. Al oeste hay un lugar llamado San José de Gracia donde se cultivan trigo y algunos frutales. Produce poco. La misión tiene problemas para abastecerse por su lejanía del mar; lo necesario es llevado en barco hasta Mulegé y de ahí, por tierra hasta su destino. Es la misión más abundante en pastos y tiene un rancho ganadero en un lugar llamada El Valle. La carne es buena y se producen leche y queso.

Santa Rosalía de Mulegé. No tiene pueblos de visita. En 1770 las crecidas rompieron la presa y acabaron con el suelo. Es pobre en granos y en ganado. En algo se beneficia de la pesca y de paso de lanchas que paran en su ensenada.

San Ignacio. El agua se colecta en una presa y se lleva por acequias a la misión en donde se guarda en un recipiente de mampostería. En 1770 las crecidas destruyeron la presa y se llevaron el suelo. En el que quedó se cultivan viñas, olivos, granadas, higos y algodón del que se manufacturan textiles. En la costa del Golfo hay una bahía llamada de

San Carlos donde paran pequeñas embarcaciones que benefician a la misión.

Santa Gertrudis. La población de los alrededores está repartida en siete rancherías sin casas; la escasez de tierra y agua no le permite concentrarse en la misión. Tiene viñas y huertos con higos, olivos, granadas y duraznos.

San Francisco de Borja. Tiene cinco rancherías: San Juan, San Francisco, Regis, Nuestra Señora de Guadalupe, San Ignacio y Longeles, que no tienen capilla ni casa alguna. La falta de suelo y agua obliga a la gente de la misión a cultivar en dos lugares bastante alejados del pueblo (San Regis y El Paraíso). Tiene un rancho en el que se cría ganado. Hay algunas viñas, higos y granadas y mucho algodón que se usa para textiles.

Santa María de los Angeles. Tiene poca gente y casi toda se encuentra dispersa en las rancherías. Está ubicada en un lugar con poca tierra, poca agua y pocos pastos. Se sostiene de las limosnas de otras misiones.

San Fernando Velicatá. Tiene suficiente agua pero el suelo es demasiado salino para cultivar maíz y trigo. Se ha construido una presa. La misión sufre terribles restricciones.(1)

(1) Engelhardt. Ob. Cit. pp. 420-455.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Aguilar Camín, Héctor. 1985. Saludos de la Revolución. México, ed. Océano, 2a ed.
- Amao Manríquez, Jorge Luis. 1981. Minas y mineros en Baja California 1748-1790. Tesis de licenciatura. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras.
- Aschmann, Homer. 1959. The central desert of Baja California: demography and ecology. Berkeley, California, University of California Press.
- Borah, Woodrow y Sherburne F. Cook. 1980. Ensayos sobre historia de la población 3. México y California. México, Siglo XXI, (Colección América Nuestra).
- Brading, D. A. 1983. Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810). México, Fondo de Cultura Económica.
- Burrus, Ernest J. (compilador). 1963. Misiones norteafricanas mexicanas de la Compañía de Jesús. 1751-1757. México, Porrúa. (Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas, 25).
- Carner Ribalta, Josep. 1947. Els catalans en la descoberta i colonització de Califòrnia; seguit del "Diari Historic" de Gaspar de Portolá. México, B. Costa Amic. (Biblioteca Catalana, 23).
- Castellón Fonseca, Francisco Javier y Alejandro Mungaray Lagarda. 1985. "Región y capitalismo en México/Revisión de enfoques", Ensayos. México, UNAM, División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía, vol. 2, núm. 6.
- Del Río, Ignacio. 1985. A la diestra mano de las Indias. Descubrimiento y ocupación colonial de la Baja California. La Paz, Baja California Sur, Gobierno del estado de Baja California Sur, Dirección de Cultura.
- _____ . 1984. Conquista y aculturación en la California jesuítica

1697-1768. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas.

_____. 1974. "Población y misiones de Baja California en 1772. Un informe de fray Juan Ramos de Lora", Estudios de Historia Nohispana. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, vol. V.

Diario histórico de los viajes de mar y tierra hechos al norte de la California. Escrito por Miguel Costansó en el año de 1770. México, ed. Chimalistac, 1950.

Engelhardt, Zephyrin. 1908. The missions and missionaries of California. San Francisco, California, The James H. Barry Company.

Fernández, Raúl A. 1980. La frontera México-Estados Unidos. Un estudio socio-económico. México, ed. Terra Nova. (Colección Economía y Sociedad).

Florescano, Enrique. 1973. "Colonización, ocupación del suelo y 'frontera' en el norte de la Nueva España, 1521-1750", Tierras Nuevas. México, El Colegio de México. (Nueva Serie, 7).

_____. e Isabel Gil Sánchez (compiladores). 1976. Descripciones económicas regionales de Nueva España. Provincias del norte, 1790-1814. México, INAH.

Gourou, Pierre. 1979. Introducción a la geografía humana. Madrid, Alianza Editorial.

Guía turística, histórica y geográfica de México. 1984. México, Promociones Editoriales Mexicanas, 12 v.

Huberman, Leo. 1969. Los bienes terrenales del hombre. Historia de la riqueza de las naciones. Buenos Aires, ed. Merayo, 2a ed.

Instituto Mexicano del Seguro Social. 1982. El territorio mexicano. México, 2 t., mapas, ilustraciones.

Jordán, Fernando. 1976. El otro México. Biografía de Baja California. México, Gobierno del Estado de Baja California Sur.

Masten Dunne, Peter. 1968. Black robes in Lower California. Berkeley, California, University of California Press.

- Mathes, W. Michael. 1977. Las misiones de Baja California. 1683-1849. Una reseña histórico fotográfica. La Paz, Baja California Sur, ed. Aristos.
- Meigs, Peveril. 1935. The dominican mission frontier of Lower California. Berkeley, California, University of California Press. (University of California Publications in Geography, vol. VII).
- Moreno, Roberto. 1977. Joaquín Velázquez de León y sus trabajos científicos sobre el valle de México. 1773-1775. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas. (Serie de Historia Novohispana, 25).
- Moyano Pahissa, Angela. 1983. California y sus relaciones con Baja California. México, Secretaría de Educación Pública/Fondo de Cultura Económica.
- Ochoterena Fuentes, Héctor. 1981. "Miguel del Barco, naturalista y precursor de la geografía moderna", Boletín del Instituto de Geografía, UNAM, núm. 11.
- Powell, Philip W. 1984. La guerra chichimeca (1550-1600). México, Secretaría de Educación Pública/Fondo de Cultura Económica. (Lecturas Mexicanas, 52).
- Sánchez, Joan Eugeni. 1984. "La coherencia entre cambio social y transformaciones espaciales; el ejemplo de Cataluña", Geocrítica. Barcelona, Universidad de Barcelona, Facultad de Geografía e Historia, núm. 51, abril.
- Secretaría de Programación y Presupuesto. 1981. Atlas nacional del medio físico. México, Dirección General de Geografía del Territorio Nacional.
- Universidad Autónoma de Baja California. 1985. "Descripción compendiosa de lo descubierto y conocido, por el Padre Fernando Consag de la Compañía de Jesús. 1746". Fuentes documentales para la historia de Baja California. México, Centro de Investigaciones Históricas, UNAM-UABC, año 2, núm. 3, enero.
- Velázquez, María del Carmen. 1974. Establecimiento y pérdida del septentrion de Nueva España. México, El Colegio de México.
- Villaseñor y Sánchez, José Antonio de. Theatro Americano. Edición facsi-

milar de la edición de 1746-1748. México, ed. Nacional, 2 t.

Young, Raymond Arthur. 1968. La influencia de Godoy en el desarrollo de los Estados Unidos de América, a costa de Nueva España. México, ed. Jus.

Zavala, Silvio. 1984. La filosofía política en la conquista de América. México, Fondo de Cultura Económica, 3a ed. (Colección Tierra Firme).

INDICE DE MAPAS

	Página
1. Medio físico de Baja California	6
2. Las misiones jesuíticas en Baja California	21
3. Expansión a la Alta California	58
4. Las misiones franciscanas y dominicas	61
5. Areas de expansión de las tres órdenes misioneras	78
6. Expansiones del sistema misional	87
7. Líneas de abastecimiento y penetración misionera en la península	91



FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
COLEGIO DE GEOGRAFIA